

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N. 7.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n. 10, en Paris.

SUMARIO:

Comunicacion del Emperador Napoleon III relativa a su Matrimonio: grabado. — **Poetas españoles contemporáneos.** — **La Soledad.** — **Boletín científico.** — **Matrimonio civil del Emperador:** grabados. — **Historia de la Semana.** — **Arqueología.** — **Boletín bibliográfico.** — **La Venganza de los Difuntos:** novela. — **Casamiento religioso del Emperador:** grabados. — **Un Arresto en las lagunas Pontinas:** novela. — **Polka:** música. — **Redowa:** música. — **Cronica literaria.** — **Las Primeras impresiones de la Vida.** — **Busto de la Emperatriz:** grabado. — **Medalla.**

Comunicacion del emperador Napoleon III relativa a su matrimonio.

Todos nuestros lectores estarán ya informados del matrimonio de Napoleon III con la señorita condesa de Teba, hija de los señores conde y condesa de Montijo. *El Correo de Ultramar* ha dado ya los mas interesantes detalles referentes á este acontecimiento, y hoy vamos á dar en nuestra parte ilustrada aquellos cuadros mas pintorescos que facilitando en las dilatadas regiones del nuevo mundo una idea exacta de todo lo que en Paris hemos presenciado, sirva como de complemento á esta importante página de nuestra historia contemporánea.

No nos incumbe la tarea de entrar en pormenores que no tengan carácter oficial, por cuya razon dirémos solamente, y como version la mas admitida que hemos oido acerca de los antecedentes de este matrimonio, que cuando estaba la actual Emperatriz disponiendo su viaje á España con objeto de pasar allí el invierno en union de su señora madre, fueron



Comunicacion del Emperador relativa á su matrimonio.

invitadas á concurrir á la gran cacería que el Emperador habia dispuesto en Compiègne. Allí la entonces condesa de Teba cuya belleza habia sido ya generalmente reconocida en la corte de España, se presentó graciosa como nunca, siendo la admiracion de cuantos la contemplaron, y particularmente del Emperador, que desde entonces formó la resolucion de compartir su destino con la jóven condesa, como efectivamente lo ha verificado. Desde luego la noticia circuló, aunque solo con el carácter de rumor al principio; algunos periódicos autorizados sin duda para hablar mas explicitamente, digeron lo que habia de un modo semi-oficial, y al dia siguiente vimos fijarse en los sitios mas públicos de esta capital el documento que á continuacion copiamos. Pero remitámonos sobre este particular al *Monitor* del 22, en el cual y por suplemento extraordinario se da el parte oficial que sigue:

Comunicacion de S. M. el Emperador al Senado, al Cuerpo legislativo y á los miembros del Consejo de Estado, con motivo de su matrimonio.

Paris 22 de enero.

Hoy á las doce se han reunido en las Tullerías los individuos que componen la mesa del Senado y la del Cuerpo legislativo, y los miembros del Consejo de Estado para recibir del Emperador una comunicacion relativa á su matrimonio.

Casi todos los miembros del Senado, entre los que se notaban los señores mariscales, los almirantes y el muy reverendo arzobispo de Paris, se habian apresurado á reunirse con

los miembros que componen la mesa. Los miembros del Cuerpo legislativo, de los que se hallaban muchos en París, habían querido también asistir á esa imponente solemnidad.

A las doce ménos cuarto, los Senadores, los miembros del Cuerpo legislativo y los Consejeros de Estado, dejaron los salones en que estaban reunidos y pasaron á la sala del Trono, en donde se colocaron á cada lado de esta los Consejeros de Estado, los Senadores en frente y á la derecha, y los Diputados igualmente en frente y á la izquierda.

A las doce y media, el maestro de ceremonias anunció: *el Emperador*. S. M. entró en la sala vestido en uniforme de teniente general, precedido de los grandes oficiales de su casa, acompañado de SS. AA. II. el príncipe Gerónimo y el príncipe Napoleón, y de sus ministros.

El Emperador en pie delante del trono, y teniendo á su derecha á S. A. I. el príncipe Gerónimo y á su izquierda á S. A. I. el príncipe Napoleón, pronunció el siguiente discurso con voz clara y firme, aunque con una visible emoción, de la que participaba toda la asamblea:

« Señores,

» Satisfago el voto tantas veces manifestado por el país, viniendo á anunciaros mi matrimonio.

» La unión que voy á contraer no está en armonía con las tradiciones de la antigua política: en eso está su ventaja. (Sensación.)

» La Francia, por sus revoluciones sucesivas, se ha separado siempre bruscamente del resto de la Europa. Todo gobierno sensato debe procurar hacerla entrar en la comunión de las antiguas monarquías; pero este resultado se alcanzaría mucho más seguramente con una política recta y franca, con la lealtad de las transacciones, que con alianzas reales que crean falsas seguridades y á menudo sustituyen el interés de familia al interés nacional (*Aplausos*). Además, los ejemplos del pasado han dejado en el espíritu del pueblo creencias supersticiosas; no ha olvidado que de setenta años acá las princesas extranjeras no han subido las gradas del trono sino para ver su raza dispersa y proscrita por la guerra ó la revolución. (*Sensación profunda*.) Una sola mujer pareció anunciar ventura y vivir más que las otras en la memoria del pueblo, y esa mujer, esposa modesta y bondadosa del general Bonaparte, no descendía de sangre real. (*Aplausos*. — *¡ Viva el Emperador!*)

» Sin embargo, preciso es reconocerlo: en 1810 el matrimonio de Napoleón con María Luisa fué un gran acontecimiento; era una prenda de seguridad para el porvenir, una verdadera satisfacción para el orgullo nacional, puesto que se veía á la antigua é ilustre casa de Austria que tanto tiempo nos había hecho la guerra, solicitar con empeño la alianza del jefe electo de un nuevo Imperio. Bajo el último reinado, al contrario, ¿no ha debido resentirse el amor propio del país cuando el heredero de la corona solía citaba infructuosamente durante muchos años la alianza de una casa soberana, y obtenía por último una princesa, perfecta sin duda, pero solo de las clases secundarias y de otra religión?

» Cuando en presencia de la vieja Europa es uno llevado por la fuerza de un nuevo principio á la altura de las antiguas dinastías, no es aventajando el blason y procurando introducirse á todo trance en la familia de los reyes, como se hace aceptar, sino más bien acordándose siempre de su origen, conservando su carácter propio, y tomando francamente respecto de la Europa la posición de *hombre de fortuna*, título glorioso cuando uno es elevado por el libre sufragio de un pueblo. (*Aplausos unánimes*.)

» Así, obligado á desviarse de los precedentes seguidos hasta el día, mi matrimonio no era más que un negocio privado; y solo restaba la elección de la persona. La que ha llegado á ser el objeto de mi preferencia es de nacimiento elevado. Francesa por el corazón, por la educación y por el recuerdo de la sangre que derramó su padre por la causa del Imperio, tiene como española la ventaja de no tener en Francia familia á quien haya que dar honores y dignidades. Dotada de todas las prendas del alma, será el ornato del trono, así como en el día del peligro será uno de sus animosos apoyos. Católica y piadosa, dirigirá al cielo los mismos ruegos que yo por la felicidad de la Francia; amable y bondadosa, tengo la esperanza de que hará revivir en la misma posición las virtudes de la emperatriz Josefina. (*Prolongados aplausos*. — *¡ Viva el Emperador!*)

» Vengo pues, señores, á decir á la Francia: He preferido una mujer á quien amo y respeto, á otra desconocida cuya alianza habría tenido ventajas mezcladas con sacrificios. Sin manifestar desden hacia nadie, cedo á mi inclinación, pero después de haber consultado mi razón y mis convicciones. En fin, anteponiendo la independencia, las prendas del corazón y la felicidad de familia á las preocupaciones dinásticas y los cálculos de la ambición, no seré ménos fuerte, puesto que estaré más libre. (*Vivos aplausos*.)

» Bien pronto, trasladándome á Nuestra Señora, presentaré la Emperatriz al pueblo y al ejército; la confianza que tienen en mí asegura su simpatía á aquella que he elegido; y vosotros, señores, aprendiendo á conocerla, os convenceréis de que también esta vez he sido inspirado por la Providencia. (*Resuenan en la sala prolongados aplausos*.)

Este discurso tan leal, tan patriótico, é interrumpido muchas veces por los aplausos y los gritos de *¡ Viva el*

Emperador! ¡ viva la Emperatriz! ha hecho en la Asamblea una honda impresión de que participará toda la Francia.

Poetas españoles contemporáneos.

Mucho tiempo hace que algunas personas, formando de mí como crítico un elevado concepto que me creo muy lejos de merecer, han manifestado deseos de verme emprender una obra en que, examinando concienzudamente las de los poetas más notables contemporáneos, vindique á la nación española de los injustos tiros que á sus ingenios modernos asestan otras naciones con más vanidad propia que sentimiento de justicia, y fije al mismo tiempo la opinión, algo extraviada por cierto, acerca del mérito real de ciertos escritores que con más ó ménos razón se han labrado una reputación literaria en nuestros días.

Prescindiendo ahora de lo que tales indicaciones han podido lisonjear mi amor propio, y de si yo soy ó no la persona más á propósito para llenar esta misión con la inteligencia que reclama, lo cierto es que la crítica literaria puede decirse que murió en España con el ilustre Figaro, y añadiré que la verdadera crítica no ha sido conocida entre nosotros desde que el gran Quintana publicó el brillante prólogo de su célebre *colección de poetas españoles*, y aun para eso, aquella crítica tan inteligente como desapasionada, refiriéndose á obras cuyos autores no existían en la época en que vio la luz pública, no es otra cosa que el fallo de la posteridad formulado por uno de los primeros maestros en el arte.

No quiero decir por esto que el memorable Larra, cuyas obras durarán tanto como la lengua que tan felizmente supo manejar, no tuviese toda la aptitud necesaria para ejercer la crítica; pero niego, sin embargo, que en la época de disensiones y rivalidades en que floreció, pudiera tener la imparcialidad que le habría sido indispensable para elevarse á la esfera de su misión. Así, en este eminente escritor, al lado de las graciosas y oportunas observaciones de que están esmaltadas sus críticas, se ven descollar alguna vez las personalidades, y con mucha frecuencia la expresión mal embocada de sus iras ó de sus afecciones.

A pesar de este defecto en que todos, y yo el primero, hemos incurrido, mientras Larra vivió, la España tuvo un crítico profundo que ilustrase la opinión pública, y los ingenios contemporáneos un rígido censor cuyas observaciones podían servirles á la vez de lección y de estímulo, porque tal es la importancia de la crítica cuando está desempeñada por hombres de buen gusto, instrucción y talento. Así, los ingenios adocenados que ávidos de gloria invaden la arena literaria con más vanidad que inspiración, lo mismo que los malos cómicos de que por desgracia ha sido harto pródiga la capital de España, tuvieron un verdadero placer el día que Figaro concibió la imperdonable locura de cortar el hilo de su existencia, al paso que aquellos mismos á quienes justa ó injustamente había criticado, pero que, dotados de buen juicio, tenían el inmenso talento que el hombre necesita para apreciar el mérito ajeno, sintieron profundamente la muerte de Larra que dejaba en la república de las letras un vacío tan grande como en su desgraciada familia. Murió, pues, Figaro, y sobre su tumba se levantó Zorrilla, como si la naturaleza hubiera querido suplir al genio ordenado que acababa de devorar con el genio más desordenado que abrigaba en sus entrañas. Es decir, que al imperio de la inspiración contenida en sus razonables y justos límites sucedió la fantasía desbocada y frenética que jamás ha reparado en los medios para llegar á sus fines, la inundación poética, especie de epidemia asoladora de que el nuevo vate parecía portador como el Judío Errante de Eugenio Sue, y desde aquel momento la fuerza de la lógica emigró entregando su diadema á la fuerza del consonante. Creo que mi amigo Zorrilla, en quien desde luego reconozco grandes cualidades, me perdonará el concepto que de este contraste puede resultar á la gloria de su aparición, aunque solo sea en gracia de la amistad que siempre le he profesado y de la justicia con que le he tratado y pienso tratarle en adelante. Culpa será de mi escasa inteligencia, y no de mi sana intención, si en el hallazgo de un gran poeta, con cuya amistad me honro, no he visto jamás compensada la pérdida de un eminente crítico á quien no tuve el gusto de conocer, lo que prueba al ménos mi imparcialidad.

Antes de que Larra muriese, las musas españolas representadas por Breton, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, mi amigo Gil y Zárate, Hartzbusch y García Gutierrez, de los cuales los dos últimos acababan de hollar la arena literaria, habían dado á entender que no era llagada la época de nuestra mortal decadencia ya que no tocásemos á la de nuestro renacimiento. Faltó á la literatura el apoyo de la crítica, y se levantaron nuevos vates quizá iguales ó superiores algunos en talento; pero muy inferiores todos en sus obras á los que llevo citados. Tan cierta y visible es la decadencia de nuestra literatura cuando careció del apoyo benéfico que supo prestarla una crítica ilustrada y juiciosa, que aquellos mismos que habían alimentado con más ó ménos fundamento nuestras esperanzas, no acertaron con sus nuevas producciones á sostenerse á la altura en que anteriormente se habían colocado.

Ahora, para demostrar que desde el año 37 hasta el presente la crítica ha sido no solo descuidada, sino desconocida entre nosotros, bastará decir que los que á ella

se han dedicado, obrando casi siempre por el impulso de sus afecciones personales y aun por simpatías ó antipatías políticas, no han sabido hacer otra cosa que sátiras ó elogios, siendo suficiente saber el nombre del sujeto criticado para adivinar la opinión del crítico ó ver el nombre del crítico para saber la suerte del criticado. A este grave inconveniente hay que añadir otro más trascendental, y es la nulidad de los críticos sin criterio que, errando la vocación, han querido dirigir la opinión, consiguiendo solo, como de ellos debía esperarse, extraviarla y corromperla.

En efecto, los unos aficionados al romanticismo en todo lo que esta escuela tiene de común con la anarquía de los antiguos, han encontrado el bello ideal en esos dramas plagados de peripecias inverosímiles y de abominables fanfarronadas; los otros acostumbrados á no saborear más que los romances más antiguos y ramplo-nes de que son tan rutinariamente apasionados, los hombres en quienes todo sentimiento raquítico echa raíces no han encontrado en nuestra época nada que no sea vituperable; y muchos, enfin, sin comprender más lo que aceptaron por moda que lo que desechaban por capricho, han dejado en el campo de la crítica uno de esos inmensos baldíos que solo á fuerza de perseverancia pudiera penetrar el arado de la posteridad. Exámínese, sino, lo mucho que sobre el talento poético de Zorrilla se ha dicho en nuestros días, y se verá que este hombre soporífero, charlatan y vacío, según unos, es, según otros, el primer poeta del mundo y de la época, poeta superior á Víctor Hugo y á Lamartine; poeta del calibre de Shakespeare y de Homero, hablista de primer orden, y versificador sin rival. Entre estas dos opiniones, creo yo que tanto dista de la verdad la primera como la segunda, y cuando llegue el caso de examinar las obras de este apreciable autor, probaré según mi pobre juicio y leal conciencia, que si está á una distancia inmensurable de Shakespeare y de Homero, si no tiene la espontaneidad de Lamartine ni la fuerza de Víctor Hugo, si no es, contra lo que el vulgo cree, una especialidad en su patria misma, superior á otras capacidades más estimables aunque ménos estimadas, tampoco merece ser tratado con la rígida severidad de los que quieren reducir enteramente á polvo su pedestal de gloria.

¿Qué no se ha dicho de Espronceda y de Rubí? En el prólogo del *Diablo Mundo*, que tengo á la vista, se dice que el mundo ha producido muchos grandes poetas, pero se da á entender que solo tres brillan en primer término, á saber: « Homero como la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y las virtudes en conjunto de una época grande. — Dante, pirámide de la *edad media*, siendo su *Divina Comedia* un faro que domina resplandeciente sobre las tinieblas de una época nueva. — Y enfin, Espronceda, pirámide de los tiempos que vendrán, pues literalmente le hicieron tragar sus contemporáneos la pildora de que « si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él. »

¿Qué es, según dicho prólogo, Shakespeare al lado de Espronceda? « Un autor que encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro; y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se vé como el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta. »

¿Quien es, según el mismo prólogo, M. Chateaubriand al lado de Espronceda? « Es el autor de una obra titulada *Genio del Cristianismo*, la cual está escrita con más poesía teológica que sentimiento poético; libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí, por la conveniencia y por el cálculo; una obra, enfin, donde el autor del prólogo se conduce de hallar solo al cristiano de oficio y al escritor de profesion. »

¿Quién es, por último, el célebre Goethe al lado de Espronceda, siempre según el expresado prólogo? « Es solo el autor del *Fausto*, siendo el *Fausto* nada más que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, ántes por el contrario, están siempre emponzoñados por el juicio. »

Todo esto se ha dicho á propósito de Espronceda y del *Diablo-Mundo*, poema sin piés ni cabeza, plagado de extravagancias y de rípios que, aun sin estos enormes defectos, sería indigno de la importancia que han querido darle por carecer de originalidad, pues no pasa de ser una copia imperfecta y rastrera de algunas de esas obras, y principalmente del *Fausto*, tan desdeñosamente tratadas por el autor del prólogo en cuestión.

En cuanto á Rubí, escritor apreciable y aun admirable como autor de romances y cuentos andaluces, pero cuyas producciones dramáticas carecen hasta de sentido común, se ha dicho de él que había superado al mismo Scribe en la comedia política, colocando su nombre á la altura de los primeros poetas dramáticos del mundo. Y á estas lisonjas exajeradas y ridículas, á estos raptos, hijos exclusivamente de las afecciones políticas y personales, es á lo que durante muchos años se ha dado en España el impropio nombre de juicios críticos.

Por el contrario, otros escritores folletinistas no comprendiendo que los autores cuyas ideas políticas no se acomodan á un molde determinado, fuesen capaces de producir buenas obras literarias ó guiándose por las exigencias camarillescas de esta ó de la otra tertulia de café, han tratado desapiadadamente á otros ingenios dignos de estimación, lo que corrobora este dicho de Cor-

menin: «Para los habitantes de los climas meridionales todo es cielo ó todo es infierno; no admiten purgatorio.»

Por otra parte los extranjeros cuando se han dignado hablar de la literatura moderna española, lo mismo que cuando han pintado nuestras costumbres, no han sido verdaderos críticos y, muy al contrario, mal informados siempre acerca de todo lo que á nuestra península se refiere, parece que se han propuesto ser el eco de las mas rancias y groseras preocupaciones. Para ellos desde los tiempos de Calderon y Lope de Vega nada ha producido la España que pueda, cuando mas, aspirar al honor de una sonrisa desdeñosa, lo cual es tan cierto como la anécdota de Alejandro Dumas, que asegura no haber encontrado en Madrid un sombrero que supiera componerle un sombrero de muelle ó llámese jibus, razon por la cual tuvo que llevar el sombrero á una relojería donde se lo compusieron tan mal, que por la noche, yéndose cada pieza por su lado, el tal muelle se convirtió en una especie de despertador, que puso en alarma á toda la vecindad. Yo recuerdo haber visto un folletín en los periódicos franceses, en el cual suponiéndose su autor muy al corriente de lo que pasa en España, decía: «Parece que el joven D. Manuel José Quintana, siguiendo los consejos de su maestro D. Gregorio Romero Larrañaga, acaba de escribir un drama que ha sido muy aplaudido del público.» El buen crítico francés conocía los nombres de Quintana y Larrañaga; pero no sabía que el primero hace cerca de cincuenta años que dejó la pluma, y que el segundo es el verdadero joven.

Resulta de todo esto, que nuestros literatos contemporáneos son absolutamente desconocidos de los extranjeros y mal juzgados por sus mismos compatriotas; lo que explica esa confusión de ideas que en la mente del pueblo ha enjendrado la circunstancia de no ver casi nunca las obras á la altura de las reputaciones. Esto ha hecho sin duda nacer en muchos el deseo de que un crítico imparcial pase revista á las obras de nuestros contemporáneos, dando á cada cual lo que buenamente le corresponda, para que pueda fijarse sobre este particular la opinion, cuando ménos, extraviada del público. Yo voy á emprender esta tarea, y creo estar hoy en mejor posición para desempeñarla, que cuando residía en Madrid. Blanco entónces de muchas prevenciones, no hubiera podido ser justo con los que me habian tratado injustamente. Ahora que el tiempo y la distancia han borrado estas prevenciones de mi memoria, creo francamente hablar de mis contemporáneos sin que la pasión ofusque mi razon, y dispuesto á decir de cada uno lo que en mi concepto merezca, ofrezco á los lectores del *Correo de Ultramar* una serie de artículos en los cuales analizando las obras y prescindiendo enteramente de las personas, haré ver á los extranjeros que no carecemos de ingenios apreciables, y á los naturales, que no todos los nombres famosos son acreedores á la fama que disfrutan, así como no todos los que no han alcanzado esta fama son dignos del olvido ó desdeñosa humillación á que les ha condenado la injusticia de la llamada crítica contemporánea.

J. M. VILLER GAS.

La Soledad.

Ven á mis brazos, amorosa Elvira,
Ven, que esta dulce soledad sabrosa
Gratos ensueños de placer inspira
Bajo un cielo teñido de oro y rosa.

Coronas cuelgan con que orlar tu frente
De verdes hojas y silvestres flores,
Perfumes lleva el delicioso ambiente;
Trinos al viento dan los ruiseñores.

Aquí, lejos del mundo bullicioso,
Alivio encuentra el corazón llagado,
Y en blanda paz y en inmortal reposo
Se aduerme y sueña un porvenir dorado.

Aquí bajo de un olmo susurrante;
Recostado en su tronco envejecido,
Veo rielar con brillo deslumbrante
El rocío en las hojas suspendido.

Aquí al lanzarse el sol en el espacio
Ve encenderse á su fulgor el viento,
Derramando una lluvia de topacio
Que inunda la estension del firmamento.

Ven y olvidemos nuestras mutuas penas
Que rasgan, ¡ay! nuestro sensible pecho,
Ven, y estas selvas de delicias llenas
Nos prestarán su tapizado lecho.

Amor respira la apacible brisa,
Amor las aves y la clara fuente,
Amor tus ojos y tu blanda risa,
Tu boca amor y tu graciosa frente.

Léjos del mundo en soledad umbría
Encanto veit mis angustiados ojos;
Y al verme junto á tí, señora mia,
Olvido mi pesar y mis enojos.

Tú sola enjugas mi penoso llanto,
Tú sola me comprendes y me adoras,
Y calmas mi dolor y mi quebranto
Con tus tiernas sonrisas seductoras.

Quiero vivir y respirar tu aliento,
Y tus trenzas mirar enagenado,
Quiero morar en dulce apartamiento
Y contemplar las flores y el collado.

Y el agua que bullendo se esparrama
Por la tendida y plácida llanura,
Mojando al césped y la verde grama
Cuando se aleja y al rodar murmura.

Y ver la niebla cual flotante blonda
Allá á lo léjos, en la mar serena,
Arrebozar la murmurante onda
Que espira triste en la amarilla arena.

Y oír del bosque las sonantes hojas
Chocarse al soplo del furioso viento
Y revolver, amarillentas, rojas,
Al estampar un beso de contento.

¡Oh! estas delicias de eternal ventura
Inundan de placer el alma mia,
Y al ver de tu mirada la dulzura
Mi corazón se ensancha y estasia.

Ven, y olvidemos nuestras mutuas penas
Que rasgan ¡ay! nuestro sensible pecho,
Ven, y estas selvas de delicia llenas
Nos prestarán su tapizado lecho.

J. SERRANO Y HURTADO.

Boletín científico.

SOCIEDAD REAL DE GEOGRAFIA DE LONDRES.

La sociedad real de Geografía de Londres acaba de publicar el discurso pronunciado en la sesión anual de la sociedad el 24 de mayo último, por su presidente Mr. Murchison. Este discurso es la exposicion de todas las noticias que la sociedad ha recibido sobre los trabajos geográficos ejecutados, ó en via de ejecucion en todas las partes del globo. Nosotros hemos juzgado conveniente extraer lo mas interesante que contiene bajo el punto de vista científico.

Al principio de la sesión anual, la sociedad real de Londres ha distribuido dos medallas de oro; la una, llamada de los *fundadores*, ha sido dada al médico John Rae «por su descripción de la Boothia, visitada en 1848, soportando las mas duras privaciones, y por sus recientes exploraciones á pié y en chalupa de las costas de Wollacton y tierras de Vittoria, exploraciones que han traído hechos importantes que añadir á los conocimientos ya adquiridos de las regiones árticas.»

La segunda medalla de oro, llamada de la *reina Victoria* ó de la *protectora de la sociedad*, ha sido dada al capitán Enrique Strachey, «por sus grandes exploraciones y descripciones de los países occidentales del Tibet, y por los mapas que ha sometido á la censura de la sociedad.»

El mapa levantado por el capitán Strachey, representa una superficie de país de cerca de 500 millas de largo sobre 150 de ancho, y de las cuales, el autor ha recorrido mas de 400 á lo largo, avanzándose además hasta cerca de 200 en el territorio de la China, en aquel país, cuyos habitantes vigilan é impiden tan celosamente la entrada de los extranjeros. Independientemente de los detalles minuciosamente recogidos acerca del curso de los principales afluentes del Indus y el Ganges, indicados en dicho mapa, las observaciones físicas y geológicas del capitán Strachey vienen á confirmar las hechas anteriormente, á saber: que ni el Konenlun, ni el Himalaya no tienen ninguno de los caracteres especiales representados en nuestros mapas como cadenas de montañas, comparativamente con la masa general elevada del Tibet. Este país, profundamente accidentado, es la cima de una gran protuberancia sobre el nivel general de la superficie de la tierra, y cuyas dos cadenas forman las superficies Norte y Sud.

La sociedad real de Geografía de Londres ve aumentarse cada año el número de sus miembros. En mayo del año último contaba seiscientos cuarenta y cinco. Los hombres distinguidos de la marina real inglesa, sabios eminentes, navegantes hábiles, geógrafos, geólogos y astrónomos se honran con pertenecer á esta ilustre sociedad. La sociedad real de Londres es renom-

brada por su correspondencia en todo el globo, por sus trabajos, por sus preciosas colecciones de mapas, planos, libros, memorias manuscritas ó impresas en todas las lenguas, y que se refieren á la geografía. Sus riquezas se han aumentado tan considerablemente, que en este momento solicita de la bondad del gobierno un local que le permita ofrecerlas á la curiosidad del público.

El presidente ha pagado, despues de la distribución de las medallas, un tributo de respeto y de sentimiento á las pérdidas que la sociedad ha sufrido en sus miembros durante el año. Entre otros, ha citado, en el número de sus colaboradores, al baron Carlos Anastasio de Walckenaer, miembro del Instituto de Francia, autor, independientemente de sus trabajos literarios sobre La Fontaine, Horacio, M^{me} de Sevigné, etc., de obras muy estimadas sobre la geografía antigua y moderna.

El presidente ha dado largas noticias acerca de la triste expedición de sir John Franklin, expedición que, desde 1845, preocupa seriamente á los marinos y geógrafos de la Gran Bretaña.

En el seno de la sociedad real de Geografía, como en la marina británica, se conserva siempre la esperanza de hallar al ilustre marino, ó á algunos de sus compañeros; y las hipótesis de verlo vivo sirven de aliciente á todos los proyectos sometidos al gobierno y á las sociedades de sabios para su aprobación.

«Examinando, dice el presidente, las relaciones del médico Rae, y comparándolas con las noticias que han llegado á nuestro conocimiento, nos parece demostrado que sir John Franklin ha debido apenas pasar mas allá del Sud ó el Oeste del estrecho de Barrow; y como la mayor parte de la bahía de Baffin ha sido visitada, mas que nunca nos inclinamos á creer, que si no se ha ahogado, el valiente explorador debe haber atravesado el canal Wellington. El mapa de los descubrimientos hechos en el mar Artico hasta 1851, recientemente publicado por el ministerio de la marina, es el documento por el cual los geógrafos pueden juzgar con exactitud del mérito incontestable de los hombres celosos que sacrifican su vida á los progresos de la ciencia.

Las personas que conocen la firme resolución que ha manifestado siempre sir John Franklin de penetrar, si era posible, por el Nord-Oeste en el mar Polar abierto, y de navegar por él hasta tocar la longitud del estrecho de Behring, están convencidas de que, si realmente ha atravesado el canal Wellington, y ha llegado á aquel mar, debe haber avanzado considerablemente hácia el Oeste: y si en estas circunstancias se ha visto obligado á abandonar sus buques, ¿no pueden haberse refugiado en tierra, donde algunos de nuestros compatriotas viven quizá con los productos naturales del país, aunque privados de toda comunicacion con los países cuyo acceso nos es permitido?.....

Esta hipótesis es la que ha sugerido al teniente Pim las investigaciones de que se han ocupado algunos periódicos. Este plan consistía en continuar el camino seguido por el almirante ruso Wrangel; es decir, atravesar la Siberia hasta los establecimientos rusos mas lejanos (viaje que debia durar seis meses), visitar los países poblados por los Tchuktchi, explorar las costas, atravesar las corrientes de agua con canoas de goma elástica ó de pieles, llegar de este modo al país mas cercano al Norte, habitado por los esquimales, é informarse de la suerte de la expedición inglesa.

El almirante Wrangel, y los señores Anjon y Mestinkin habian visitado ya aquellos desiertos inhospitalarios y nevados; pero se podia pensar, no obstante, las dificultades graves que se entreveían en la ejecución, que el gobierno imperial ruso desearia renovar la tentativa, extender las exploraciones ya hechas, y tener en fin, conocimiento mas perfecto, mas preciso de los límites del imperio al Nordeste del Asia.

El ilustre baron Humboldt, y M. Adolphe Erman aprobaron fuertemente el plan del teniente Pim. Los sabios de Berlin y Londres esperaban nuevas revelaciones científicas. Lord Palmerston ponía una gruesa suma á disposición del viajero. A su llegada á Berlin, Pim recibió de S. M. el rey de Prusia muestras de su satisfacción, y sir Hamilton Seymour, ministro de S. M. británica en San Petersburgo lo alentó á la empresa. Pero los informes de las autoridades á S. M. I., y en particular una nota dada por el almirante Matinskín, fueron contrarias á la expedición. Representaron á S. M. I., que eran necesarios diez y ocho meses para juntar la cantidad de perros y trineos indispensables al transporte de los viajeros, de los intérpretes, de sus instrumentos y bagajes para atravesar la Alta Siberia, y el país de los Tchuktchi; y que habiendo la primera expedición incomodado mucho los habitantes de aquellas tierras, arrebátándoles una cantidad considerable de perros, lo cual habia ocasionado una gran mortandad entre los mismos habitantes, una empresa tan extraordinaria no debia renovarse sin un motivo de absoluta necesidad. Además, la expedición no podia efectuarse ántes del mes de marzo de 1853, otras consideraciones diversas inclinaron al gobierno imperial á no prestar su concurso al proyecto. M. Pim recibió simplemente el permiso de atravesar la Siberia en la dirección que le conviniera, á su costa, riesgo y peligro. Los amigos de M. Pim lo disuadieron de partir, y el proyecto fué abandonado. El teniente Pim dejó á San Petersburgo muy disgustado, y fué á reunirse con su antiguo jefe, el capitán Kellelt, actualmente empleado en la expedición de los mares polares.

«Es hoy un hecho reconocido, dice el presidente, y es una satisfacción que sienten los amigos de las cien-

cias y de su patria, que, si es cierto que las expediciones enviadas en busca de sir John Franklin han quedado hasta ahora sin resultado bajo el punto de vista de la humanidad, al menos ellas han enriquecido los repertorios de las ciencias físicas, geográficas, y geológicas con preciosos descubrimientos hechos en los lugares septentrionales. »

Geografía de la Australia. — Sir Tomás Mitchell ha presentado á la sociedad una carta general de la colonia de la Nueva-Galles, del Sud, dibujada por él mismo y grabada en Sydney. Importantes adiciones á las cartas portátiles de aquellas colonias han sido hechas por MM. Arrow, Smith y Wyld. De la parte Sud-Oeste de aquel gran continente se tienen cartas útiles ilustradas con los trabajos del intendente general de la Australia occidental, M. J. Roe, y de M. Augustus Gregory. El coronel Mundy ha dado en el diario *los Antipodas*, interesantes detalles de los usos y costumbres de los naturales y colonos; y M. Melville, que ha pasado muchos años recorriendo aquel extenso país, ha publicado sobre la

Australia una obra muy instructiva de estadística. Aunque menos conocido del público, el libro de M. Mac-Gillivray, naturalista de la expedición mandada por el difunto capitán, el sabio Owen Stanley, ofrece mucho interés por sus observaciones etnológicas, haciéndonos esperar excelentes resultados de la expedición recientemente enviada al Pacífico del Sud bajo el mando del capitán Denham, y á la cual va agregado M. Mac-Gillivray. El autor ha demostrado este hecho curioso, que, aunque los naturales de Australia hayan caído lo mas bajo posible en la escala gradual del desarrollo intelectual, sus lenguas, sus diferentes dialectos, son tal vez las mas completas entre todas las del mundo. Esta complejidad es sin duda el indicio de una civilización perdida hacia muchos siglos. Las observaciones de M. Mac-Gillivray sobre los caracteres distintivos de los diferentes pueblos que la expedición ha visitado, tales como los Malayos, los Papuanos, y los Australianos, están escritas con sencillez, y son muy interesantes.

Matrimonio civil del Emperador.

El día 29 de enero de este año á las 8 de la noche tuvo lugar el matrimonio civil del Emperador en presencia de los príncipes y princesas de la familia imperial y otros elevados personajes.

El ministro de Estado y de la imperial casa pronunció estas palabras:

« En nombre del Emperador »

El Emperador y la que iba á ser Emperatriz se levantaron de sus asientos.

« Señor,

» ¿Vuestra Majestad declara tomar en matrimonio á su Excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba que se halla presente? »

El Emperador contestó:

« Declaro tomar en matrimonio á su Excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que se halla presente. »



Trajes del Emperador y la Emperatriz en la ceremonia nupcial del 30 de Enero último.

En seguida dijo el ministro:

« Señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, ¿Vuestra Excelencia declara tomar en matrimonio á Su Majestad el emperador Napoleon III, que está presente? »

Su Excelencia respondió:

« Declaro tomar en matrimonio á Su Majestad el emperador Napoleon III que está presente. »

Entonces el expresado ministro ha pronunciado en estos términos el casamiento:

« En nombre del Emperador, de la Constitución y de la ley, declaro que Su Majestad Napoleon III, Emperador de los Franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional, y Su Excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, están unidos en matrimonio. »

Pronunciadas estas palabras, los maestros y ayudantes

de ceremonias acercaron la mesa en que se hallaba el registro del Estado civil, colocándola delante de los asientos en que estaban el Emperador y la Emperatriz. Este registro del Estado civil de la familia del Emperador es el que se ha conservado en los archivos de la secretaría de Estado, perteneciente á la antigua casa imperial. Hay en él dos actas; la primera fechada en 2 de marzo de 1806 es la adopción del príncipe Eugenio, como hijo del emperador Napoleon 1º. Y la segunda es

la que precedía al matrimonio de Napoleon III con la Emperatriz Eugenia, era la del nacimiento del rey de Roma que llevaba la fecha del 20 de marzo de 1811.

Procedióse, pues, á firmar el acta del modo siguiente: A invitación del gran maestre, el presidente del Consejo de Estado presentó la pluma al Emperador y luego á la Emperatriz.

Sus Majestades firmaron sin abandonar sus asientos. He aquí los nombres y órden observados por las personas que han tenido el honor de firmar el acta:

- Después de la señora condesa de Montijo, el rey Gerónimo, el príncipe Napoleon y la princesa Matilde;
- El príncipe Luciano Bonaparte, senador;
- El príncipe Luciano Murat, senador;
- El príncipe Pedro Bonaparte;
- La señora princesa de Baccocchi;
- Su Eminencia el cardenal de Bonald, arzobispo de Lion, senador;
- Su Eminencia el cardenal Dupont, arzobispo de Bourges, senador;
- Su Eminencia el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, senador;
- Su Eminencia el cardenal Gousset, arzobispo de Reims, senador;

Su Eminencia el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, senador;

Los señores mariscales de Francia Reille, conde Vailant, Magnan, conde de Castellane;

Los señores almirantes baron Mackau y baron de Roussin;

M. Abattucci, ministro de Justicia;

M. Saint-Arnaud, ministro de la Guerra;

M. Drouin de Lhuis, ministro de Negocios extranjeros;

M. de Persigny, ministro del Interior;

M. de Maupas, ministro de Policía;

M. Ducos, ministro de Marina y de las Colonias;

M. Fortoul, ministro de los Cultos y de Instrucción pública;

M. Magne, ministro de Trabajos públicos;

M. Bineau, ministro de Hacienda;

Su Excelencia el señor embajador de España;

M. Troplong, presidente del Senado;

M. Mesnard, primer vice presidente del Senado;

M. Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, general y presidente del Senado;

El general conde d'Hautpoul, senador;

El baron Lacrosse, secretario del Senado;

M. Billault, presidente del Cuerpo legislativo MM. Schneider y Reveil, vice presidentes.

M. Baroche, presidente del Consejo de Estado, y los señores presidentes de las secciones;

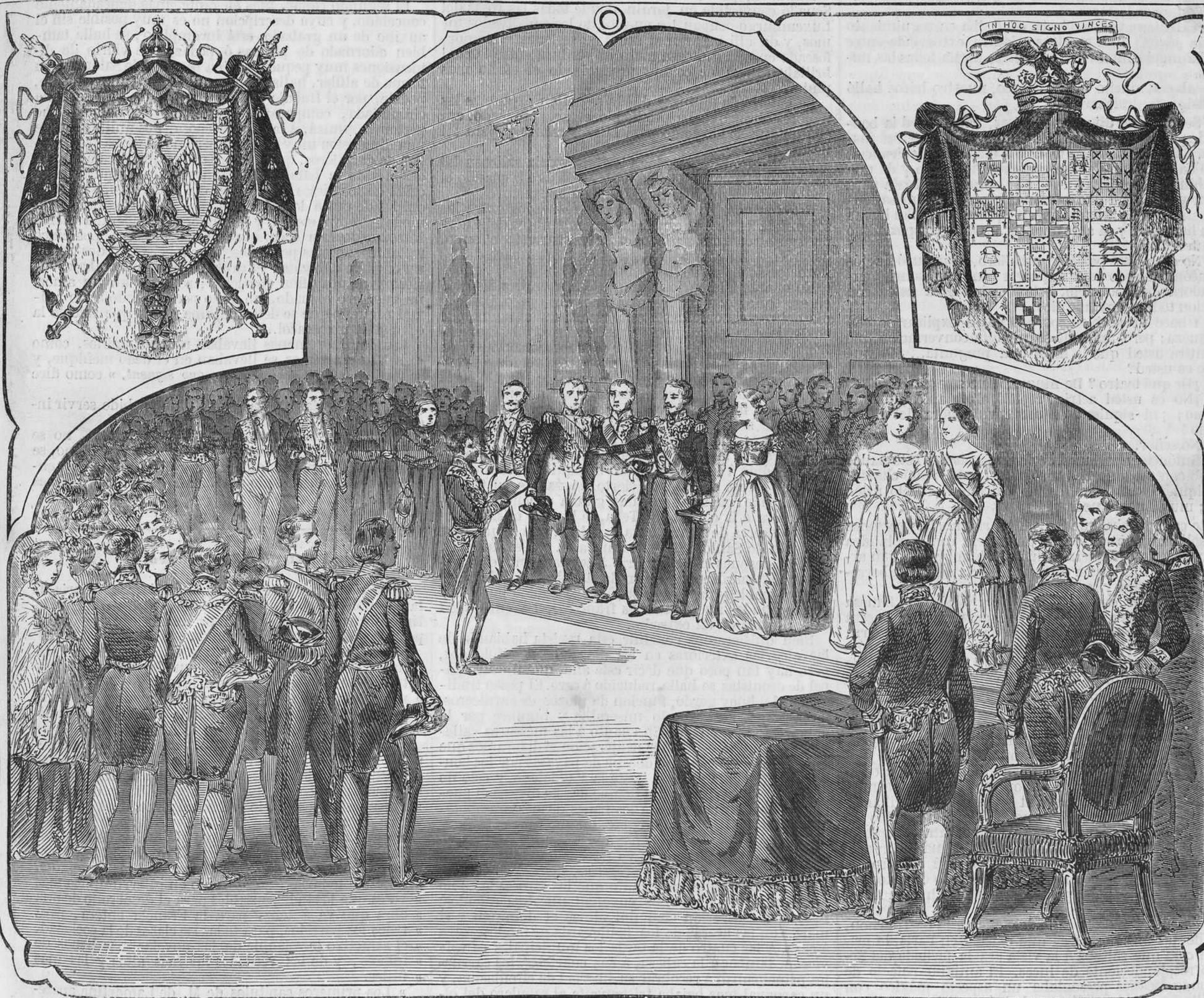
El conde de Morny;

Los señores duque de Osuna, duque de Alba y general Toledo.

Los grandes dignatarios de la casa imperial.

Historia de la semana.

Nuestra semana de hoy es la mas bulliciosa del año; ¡la semana de carnaval! así pues ¿de qué podemos hablar mas que de bailes? En Paris se ha bailado este año en todas partes. Primero en Tullerías, donde se ha inaugurado la era de la casaca de terciopelo y el calzon corto de antaño: ¡desgraciado frac negro! conquista de la revolucion de 1830, que bailabas en las bodas rejias en los bautismos y llorabas en los entierros, traje del ciudadano y del escritor, del novelista y del poeta, ya estás desterrado del mundo elegante como un uniforme pobre y feo! Así el último baile de la casa de Ayunta-



Matrimonio civil del Emperador en las Tullerías.

miento estaba resplandeciente de casacas bordadas. Toda la noche se bailó en ese antiguo cráter de las revoluciones, al compás de tres orquestas atronadoras, como las que se usan en Francia para los bailes, el gentío era inmenso, parejas que habian empezado el vals en un salón se veían arrastradas á otro donde se bailaba polka, y de allí se pasaba á otra parte donde reinaba la contradanza. Era un flujo y reflujo continuo de una orquesta á otra, pero todo se remediaba con cambiar el paso. Todas las naciones civilizadas estaban representadas en tan solemne fiesta. Veíanse allí italianos, peruanos, anglo-americanos, españoles, y sobre todo ingleses. Los hijos de la pérvida Albion no desperdiciaban una

contradanza, y sus mujeres brillaban en general por la sencillez de sus trajes y tocados. Solo una americana llevaba encima por valor de sesenta mil duros en piedras preciosas.— ¡Soberbio cuello, decía flemáticamente un insular, la jóven criolla no necesitaba tantas piedras para ser festejada y admirada! ¡Error! digan lo que quieran los moralistas, la sencillez solo está bien en las estatuas griegas.

Ademas de las fiestas oficiales y además de las máscaras, Paris ha tenido este año una porcion de bailes filantrópicos; la autoridad municipal de cada distrito ha organizado el suyo en beneficio de los pobres del barrio. Inútil es decir que todos los parisienses han que-

rido bailar por los necesitados. Dichosos pobres que no han tenido necesidad de incomodarse en el cansado ejercicio del vals y de la contradanza; el sacrificio ha sido hecho por parte de los ricos. En 1840 un enviado de Mehemet-Ali que asistia á un baile diplomático decia al ver el afán de los bailarines.— ¿Cómo se cansan tanto en bailar esas hermosas damas y caballeros? Diríase que no tienen para pagar á otros que bailen por ellos. ¿Y que diría hoy aquel musulman si viera como se agitan y se menean toda una noche los magnates del mundo occidental á beneficio de los pobres?

Otro baile célebre tambien ha sido el de los artistas dramáticos en la Opera Cómica. Este baile que tiene lu-

gar todos los años posee mas que ninguno el privilegio de atraer á todo lo que París encierra de mas notable y elegante. ¡Qué variación de costumbres en las sociedades modernas! No hace muchos años habria sido un deshonor el asistir á un baile de cómicos, y en el dia un billete para esas aristocráticas reuniones se paga y se paga caro. Es cierto que en ninguna parte del mundo como en París está tan propagado el gusto por las artes; el teatro sobre todo cautiva la atención de cuantos le conocen, y por eso las notabilidades teatrales excitan un interés ilimitado, con particularidad el sexo femenino egerce un verdadero despotismo en las cuestiones de elegancia y de moda: ¡Cuántas lectoras nuestras en Méjico, en Lima ó en la Habana habrán admirado sus vestidos, un sombrero, un tocado adoptado por la inconstante y caprichosa moda, sin pensar que fué sacado á luz por una artista del Palacio Real ó de las Variedades!

De este modo, la otra noche á cada nueva celebridad teatral que entraba en el baile de la Opera Cómica, todo el mundo alzaba la cabeza á impulsos de una curiosidad irresistible, tan poderoso es el influjo que tienen en París las reinas de teatro.

Antes de concluirse el baile en cuestion, circulaba en todas las bocas una anécdota de que no queremos privar á nuestros lectores.

Un caballero ya de cierta edad iba en seguimiento de una jóven, una preciosa criatura extraviada entre aquella muchedumbre cuya belleza atraía todas las miradas.

Al cabo de mucho rato de paseo, nuestro héroe halló la ocasion de declararse.

— Señorita, la dijo á media voz, tenga usted la bondad de perdonar mi atrevimiento, y de oirme un instante. Soy un comerciante de los mas ricos de Francia, y me hallo dotado de una grande penetracion y de una sensibilidad exquisita; una sola mirada me basta para juzgar y conocer á una persona, y con una sonrisa tengo bastante para inflamarme. Sé que es usted tan buena como hermosa, y la amo á usted... ¡Oh! ¡por piedad no me interrumpe!

— No digo una palabra, caballero, murmuró la jóven acompañando esta respuesta con una sonrisa encantadora; al contrario, estoy oyéndole á usted con atención todo cuanto me dice...

— Y hace usted bien, porque voy á explicarme con franqueza; pero antes de seguir esta conversacion, me permitirá usted que la haga una pregunta... ¿De qué teatro es usted?

— ¿De qué teatro? De ninguno, no soy actriz.

— ¡No es usted actriz! repitió el galan cambiando de tono; ¡ni siquiera es usted volatinera del Hipódromo!

— No señor.

— Entonces ¿porqué ha venido usted á este baile? répuso con un despecho mal disimulado. ¡Qué chasco! ¡Ni siquiera volatinera del Hipódromo! ¡Páselo usted bien; muy buenas noches!

Este caso prueba que hay en París muchas personas que solicitan la atención de una actriz con la sola idea de ponerse en evidencia. ¡Cuántos hombres se han arrojado por una actriz ó una cantatriz célebre, aborreciendo la música y los versos!

El triunfo de esa noche fué para Rachel, la famosa judía que ha resucitado en la primera escena francesa las inmortales obras de Racine y de Corneille, á fuerza de talento. Al verla entrar en un palco coronada con una diadema de diamantes de un precio fabuloso, el triple brillo de su nombre, de aquella cabeza y aquellas pedrerías, interrumpió el baile por mas de media hora. Rachel ni bailó, ni aun siquiera bajó al salon de baile, contentándose con mirar al público desde lo alto de su palco, ejemplo que amenazó acabar con la funcion, ¡tantas fueron las que quisieron imitarle!

Tenemos que pasar ligeramente de una fiesta á otra, porque el espacio de que disponemos no nos permite entrar en detalles. El carnaval se ha cerrado brillantemente con un baile oficial que ha dado el Senado en honor de nuestra compatriota la emperatriz Eugenia, de cuyo advenimiento al trono imperial nada diremos aquí, en atención á que el lector encontrará en otro lugar el fausto acontecimiento acompañado de todos sus pormenores. Así, pues, pasaremos en derechura á nuestro baile.

Al desembocar de la calle del Sena en la de Tournon, una de las mas hermosas que existen en París, la primera cosa que saltaba á la vista era la fachada del Senado resplandeciente de luces. El antiguo palacio de María de Médicis presentaba un aspecto mágico con aquella guirnalda ardiente: habríase dicho un edificio babilónico con la cúpula perdida en los cielos.

Al entrar en el patio se oía la orquesta colocada en la escalera principal, ricamente adornada con tapices y flores naturales é iluminada á giorno por una multitud de lámparas ingeniosamente suspendidas en medio de tiestos de verdura que aumentaban el efecto de aquellas.

Atravesando dos salas, se entraba de repente en el salon del trono, cuyo golpe de vista era magnífico. Por ambos lados de aquel inmenso espacio se descubria una muchedumbre de señoras, ostentando los mas ricos y variados trajes, reflejándose al infinito por medio de grandes espejos rodeados de guirnalda de flores.

A medida que se iba entrando en el salon, se veia primero una hermosa fuente arrojando caños de agua viva, por medio de inmensas flores artificiales, en un pilon lleno de plantas de los trópicos; allí, á la izquier-

da, estaba Strauss, el dios de la danza, con su orquesta compuesta de cien profesores.

En el fondo del salon se alzaba el dosel del trono, ricamente adornado de terciopelo rojo sembrado de abejas de oro, y sostenido por seis cariátidas macizas de un buen estilo y del mejor gusto. A derecha é izquierda se veian dos grandes águilas de oro con las alas desplegadas.

A eso de las diez entraron en el salon SS. MM. acompañados de unánimes aclamaciones; la orquesta de Strauss tocó la marcha real de los reyes de España, y despues la tocata favorita de la reina Hortensia: *Partant pour la Syrie*. Todos los ojos se hallaban fijos en el trono imperial.

La emperatriz Eugenia, vestida con un traje sencillo y elegante, se sentó á la izquierda del Emperador, rodeados de su familia y de la servidumbre de palacio; mas bien luego el Emperador abrió el baile, quedando prendado todo el mundo de la exquisita gracia y del aire de dulzura y de bondad de la jóven soberana. Terminado el rigodon, el Emperador dando el brazo á la Emperatriz, dió una vuelta por el salon, de donde pasaron á visitar todo lo demás de las galerías abiertas á la fiesta.

Entraron, pues, sucesivamente en la biblioteca del Senado convertida en jardin, donde todas las rosas del Luxemburgo ocupan los puestos de los empolvados tomos, y de allí pasaron al salon de sesiones metamorfoseado en una inmensa masa de verdura entre la cual brillaban luces de colores produciendo el efecto mas pintoresco.

La galería de pinturas donde se hallan expuestas las mejores obras que ha producido el arte moderno, era el ambigú servido como para tales personas y para tal fiesta.

Por último el Emperador y la Emperatriz salieron del palacio del Senado á la una de la madrugada cuando el brillo de la reunion se hallaba en su apogeo.

Este hermoso baile dejará vivos recuerdos entre las solemnidades de esta especie, y los miembros del Cuerpo legislativo que tambien están preparando el suyo, deberán ser muy pródigos en invenciones para darles la magnificencia que tuvo el primero.

En cuanto á la curiosidad que la Emperatriz despertó en ese baile, todo cuanto digéramos seria poco. Desde el dia del matrimonio hasta esta fecha, quien no ha oido en París esta pregunta: ¿Ha visto usted á la Emperatriz? Y en efecto ¿cómo no ha de haber curiosidad de contemplar las facciones de una princesa venida á Francia por amor á los viajes, y convertida de repente en la primera de todas las francesas? Dotada de gracias personales sin medida, de carácter caballeresco y de elevacion de sentimientos, la Emperatriz Eugenia posee todas las superioridades de la belleza y de la inteligencia. Tales son las palabras oficiales, lo cual es un homenaje rendido á la verdad; pero he aquí otro hecho que tambien puede darse como cierto, á pesar de su fantástico colorido: cuéntase que una gitana diciendo la buenaventura á la condesa de Teba, le hizo la misma predicción acerca de su grandeza venidera, que la que hizo la negra de Santo Domingo á madama de Beanharnais, que fué despues la Emperatriz Josefina. Tanta circunstancia extraordinaria acumulada sobre la cabeza de nuestra noble y hermosa española ha debido herir hasta lo sumo las imaginaciones francesas. La curiosidad es permitida en tal extremo.

Bien quisieramos concluir esta revista hablando de las alegrías exteriores en los dias de carnestolendas, pero hay tan poco que decir este año, que nuestro papel de cronistas se halla reducido á cero. El paseo tradicional del Buey gordo, funcion de mozos de carniceros, ha presentado un aspecto miserable y lúgubre por la pobreza de los atavíos. En cuanto á las máscaras callejeras creo que pasaria por exajeracion si digéramos que hemos visto mas de una docena de payasos por los boulevards, desde la Bastilla hasta la Magdalena, y esto no es nada extraordinario; el tiempo de esta diversion pueril ha pasado ya gracias á los bailes de máscaras de las Operas, de los Italianos, etc., etc. Lo que sí es extraño y sorprendente es que no se haya visto tampoco ninguno de aquellos famosos carros y carrozas que han salido á luz otros años, anunciando *roperias*, *fábricas de cerveza*, ó *sacamueltas*, tanto mas cuanto que los espectadores no faltaban, pues si no nos engañan nuestros cálculos, bien se encontrarían cien mil almas el domingo y el martes en las aceras de los boulevards mirándose cara á cara. A las cuatro de la tarde los municipales se volvieron, tambor á la cabeza, á sus cuarteles, los carruajes principiaban á recobrar su libertad de circulacion, y un carnaval mas bajaba tristemente al sepulcro del olvido.

Arqueología.

Una especie de tesoro arqueológico, en un estado notable de conservacion acaba de ser encontrado en Domber, territorio de San Pablo de Varax, distrito de Trévoux, en el dominio de *Blessonnier*, que se halla situado al Este y á poca distancia del camino real que va actualmente de Lyon á Strasburgo, y que depende de la tierra de la Croix, perteneciente á M. Rodet, juez de paz en Bourg.

Una jóven laboraba el jardin de la granja con su azadon levanta una teja romana; bajo la teja habia una olla llena de medallas, que la humedad y el orin seculares habian pegado tan fuertemente, que era imposible ha-

cerlas salir por el cuello de la vasija. Un golpe de azadon hizo justicia del obstáculo. La jóven trajo á la ciudad al propietario el maravilloso hallazgo. El propietario es felizmente de aquellos que saben apreciar semejante fortuna; que los anticuarios se tranquilicen, porque no será entregada al crisol.

La vasija contenia medallas, en número de 400, casi todas de plata; solo 19 son de bronce, 25 despojadas de su capa férrea y bien conservadas han presentado la efigie y el nombre de los emperadores romanos Alejandro Severo, Maximino, Gordiano, Filippo, Decio y Galiano, que se han sucedido desde el principio hasta la mitad del siglo tercero (222 á 268 años despues de Jesucristo.) Es muy notable que no las haya de oro.

La misma olla contenia joyas, cadenas y siete anillos de oro, perfectamente conservados, y que realzan singularmente la importancia de este hallazgo.

Hay dos collares, de los cuales uno tan intacto, que una señora podria ponérselo en el cuello; no falta ni un anillo en las dos filas de anillos finos y delicados de que se halla formado; nada está gastado. Dos pequeños adornos parecidos á ruedas, con una esmeralda en el centro, terminan el collar con un broche, cuyo garfio, semejante á los de nuestros dias, está dispuesto á hacer su oficio. El oro parece no tener liga.

El segundo collar, mas elegante, mas delicadamente concebido, y cuya descripción no es muy posible sin el auxilio de un grabado, está incompleto; se halla tambien adornado de piedras ó pedazos de vidrio de dimensiones muy pequeñas. Una medalla de Salonina, en forma de alfiler, hallada en Druillat, hace año y medio, podria, por el trabajo de la filigrana de que se halla circundada, compararse á este precioso objeto que pertenece, quizá, á la misma época. Dos anillos son de una dimension muy grande, pero no macizos; son anillos de caballeros, que recuerdan los que media Anibal despues de la batalla de Cannas; pero despues de la caída de los viejos privilegios del patriciado, se daban anillos de oro á los soldados que se distinguían, y la moda, nueva eterna y omnipotente soberana habia introducido esta costumbre en las mujeres. Los cinco restantes son mas pequeños, pero macizos. Todos tienen un engarce de ágata; el grabado es de un trabajo curioso y de muy fina ejecucion; representan un amor, un guerrero armado, un gallo persiguiendo á un animal pequeño que se defiende, una galga que sale de la concha de un caracol....

Las damas romanas llevaban muchos anillos, como es sabido; algunos se llevaban en el dedo meñique, y solitarios; « *huic unum tantum quo signent*, » como dice Plinio.

Alguna de estas piedras grabadas ha debido servir indudablemente para sellar.

Mientras que, con nuevas investigaciones, no se halle efigie ni fecha mas reciente que la de Galiano, se podrá juzgar con fundamento que este tesoro se ha enterrado hácia el reinado de Galiano, 260 años despues de Jesucristo.

Boletín bibliográfico.

El *Siècle*, diario de París, va á publicar la historia de la Asamblea Constituyente de 1789, escrita por Lamartine en 8 volúmenes en octavo. Hé aquí lo que dice el periódico citado con este motivo.

« Por fin tenemos una historia de 1789. Las doctrinas y los acontecimientos de aquella memorable res-tauracion de los verdaderos principios de la admistracion humana van á ser consignados. Los hombres de la Constituyente salen de la tumba de rodillas ante ellos, detractores de la revolucion!

» Lamartine les ha restituido sus grandes hechos, sus talentos incomparables, sus elevadas ideas, su irresistible influencia. Lamartine ha reconstruido el mundo político de fines del siglo diez y ocho, como nuestros padres lo reconstruyeron ellos mismos. » *Lux facta est.*

» El *Siècle* va á comenzar la publicacion de esta brillante historia en su parte política. El la publicará con todo el respeto que merece obra semejante. » Nosotros tendríamos escrupulo en interrumpirla mas veces que las indispensables para el desarrollo de una obra que va á tener para la Francia entera, para todos los partidos, para todas las clases de la sociedad, el atractivo irresistible de las novelas mas llenas de interés, y de las verdades las mas altas y las mas útiles.

» Los primeros capítulos de M. de Lamartine aparecerán en el mes de febrero. Comprometidos nosotros con nuestros lectores á poner en su conocimiento cuanto puede producirse en el mundo intelectual, útil é interesante, faltariamos á nuestro deber, si no les señaláramos una de las publicaciones mas importantes que pueden salir á luz en los tiempos presentes.

Nosotros no podemos decir nada de su desempeño; el público espera con impaciencia esta obra, porque al interés del asunto se une la curiosidad que excita todo escrito que sale de la pluma de M. de Lamartine. La empresa es colosal ciertamente; jamás quizá escritor alguno aborda asunto mas grave ni complicado, por lo terrible y lo grandioso de los hombres y los acontecimientos que va á sacar á luz; jamás tampoco la publicacion puede ser mas oportuna, que en la hora en que sucesos contemporáneos, tan dramáticamente ocurridos, han puesto en pié las cuestiones sociales y políti-

cas que agitan al mundo hace sesenta años, llevando cada vez mas intensamente la duda á los espíritus. Inmensa es la carga que M. de Lamartine echa sobre sus hombros, grande es su responsabilidad, y nosotros no dudamos que ántes de arrojarle á tan atrevida empresa, no habrá dejado de medirla y compararla con sus fuerzas. Reclamaciones le lloverán, partiendo de principios y de hombres opuestos, porque no hay que hacerse ilusiones, M. de Lamartine escribe una historia, que aunque sesenta años distante de nosotros, no deja por eso de ser en cierta manera la historia contemporánea; porque los problemas de 89, no están aun irrevocablemente resueltos en los espíritus de 1853, hasta el punto de pasar á ser axiomas incontrovertidos, como fuera preciso para el reposo de las nuevas sociedades.

Inútil es decir que nosotros le acompañamos con nuestros votos, y que deseamos que dé felice cima á tan alta empresa, pero no lo será que añadamos que nos inspira mucha confianza el recordar que el escritor de la Constituyente de 1789, es el escritor distinguido de la « Historia de los Girondinos. »

La venganza de los difuntos.

NOVELA.

I.

— Tranquílcese usted, señora, dijo el médico a la abadesa, porque esta jóven está en completa convalecencia, y mañana ó pasado mañana podrá volver á emprender el curso ordinario de sus ocupaciones.

— ¿Le parece á usted así, doctor?

— Estoy seguro de ello: la calentura ha desaparecido, y solo queda alguna irritacion nerviosa y la debilidad que es consiguiente despues de ocho dias de dieta.

— Vaya, me voy á dar esta buena noticia á su señor tío el señor arzobispo; y Su Eminencia la recibirá con el mayor placer, porque este virtuoso prelado la quiere á usted como si fuera su hija: ¿no es verdad, Leonor?

— Así es, señora.

Este diálogo tenia lugar por la tarde en la celda de la novicia, y á los piés de su cama, cuando de repente se oyó una voz sonora de hombre que cantaba debajo de la ventana esta letrilla:

Marinero de las ondas,
¡Ay! ¡ole!
En un arroyo
Echate al golfo,
Que tu dicha consiste
En un arroyo.

— ¿Qué significa esto? preguntó la abadesa con aire de sorpresa y disgusto.

— Señora, respondió la tornera, que hacia de enfermera, son unas boleras que están muy á la moda, porque las he oido con frecuencia en las calles de Madrid, y regularmente las cantan á dos voces.

— No es eso lo que quiero saber, sino quién es el que se atreve á cantar esas cosas profanas en el recinto de un monasterio.

— Señora, el jóven que tiene el jardinero que está regando las flores; le veo á la vislumbre del crepúsculo; merece excusa porque es nuevo aquí y no está acostumbrado todavía á la austeridad del claustro.

— Dígame usted que calle.

Salió la tornera al corredor, abrió una ventana y gritó: Sancho, de parte de la señora, que calle usted; y la voz calló.

— ¿Vea usted, decia la abadesa al médico, vea usted cómo la incidencia mas leve é inesperada la afecta y agita! ¡Véale usted encarnada como la grana! Se le sube la sangre á la cabeza y sus ojos brillan de un modo extraordinario: ¿tendrá por ventura calentura?

— Un pequeño recargo, dijo el doctor pulsando á la enferma, pero nada importa: pasará pronto; y volviéndose á la tornera que volvía del corredor, añadió: Petrilla, cuidará usted de darla de hora en hora una cucharada de esa pocion que está sobre la mesa.

— Petrilla, diga usted á ese mozo, que si le ocurre cantar otra, será despedido.

La abadesa y el doctor dieron la buena noche á la enferma, y se retiraron. Cuando estaban distantes de la celda, en la escalera principal alumbrada modestamente por una lámpara que colgaba en la bóveda: — ¿Cree usted, dijo en voz baja la abadesa, que estará en disposicion de profesar dentro de ocho dias?

— Podría hacerlo dentro de cuatro, si no tuviera otro inconveniente que su salud.

— Lo mas pronto será lo mejor: es huérfana, y si se dividiese el patrimonio, no tendria su hermano lo suficiente; mas, conservándose reunido, el señor Guzman, que por otra parte es el primogénito, podrá sostener dignamente el lustre de su familia. En cuanto á Leonor, con su apellido y la proteccion de su tío, es seguro que hará una carrera brillante y pronta en la religion: no merece compasion.

— Al contrario, yo la considero muy feliz.

— Lo malo es que ella no conoce su felicidad; pero se la obligará si es necesario. El solo inconveniente temible, es que se renueve la crisis y que tenga una recaída. Ya entiende usted que no se trata de una crisis física.

— Comprendo. Pero no, no creo que haya peligro,

pues me parece que ha reflexionado sobre su posicion, y que está decidida á conformarse con ella.

— ¿Dios oiga á usted! prefiero mucho mas que las cosas se hagan en buena armonía que con violencia. Buenas noches, doctor, hasta mañana.

— Buenas noches, señora, seré puntual.

— Petrilla, dijo Leonor apenas habian salido, mi querida Petrilla, hace muchas noches que me vela usted y debe estar cansada; es menester que hoy se acueste y descansen usted.

— Mucho lo necesito en efecto, repuso Petrilla; pero eso no es posible.

— ¿Porqué?

— ¿Y esta pocion que debe usted tomar de hora en hora?

— La tomaré yo: ponga usted todo lo necesario en la mesita y aproxímela usted á mi cama.

— ¿Y si se duerme usted?

— En tal caso no necesito tomar el calmante, y usted tampoco me despertaria para dármele.

— Verdad es; ¿pero si la abadesa llega á saberlo?

— ¿Quién se lo dirá? Nadie; y si tal sucediera, tomaria yo todo sobre mí y diria que lo habia exigido.

— ¿Qué buena es usted, corazon mio! ¿y no tendrá usted miedo de pasar toda la noche sola?

— Miedo, ¿de qué?

— ¿Qué sé yo? De la religiosa que falleció ayer y que han enterrado esta mañana. ¡Pobre sor Dorotea! ¡Era tan bonita, y morirse á los veinte años, qué cosa tan sensible!

— Petrilla, ¿y de qué enfermedad padecía?

— ¡De amor, querida, de amor! Tenia una pasion que la consumió. Mas ¡ay! ¡yo no deberia decir á usted esto!

— ¿Y porqué no? dijo Leonor con sorpresa.

— ¡Porqué, porqué! hasta: cada uno sabe lo que sabe, y cada cual tiene sus secretos: no preguntó á usted los suyos.

Leonor se sonrojó; pero la excelente Petrilla hizo que no se habia apercibido. Vamos, prosiguió trasteando en el cuarto y llevando cosa por cosa á la mesa: aquí está todo; la cuchara, la salvilla, el azucarero, el frasquito... que tendrá usted cuidado de menear ántes de llenar la cuchara. Nuestras celdas están contiguas y separadas nada mas que por un tabique; en caso que usted me necesite, llame usted; tengo el sueño muy ligero. Buena noche, querida, y buen ánimo; y al besar á Leonor añadió en tono mas bajo: No haga usted como sor Dorotea, no se deje usted morir.

— ¿Cómo! exclamó Leonor, ¿se lleva usted la luz?

— Seguramente.

— ¿Y cómo tomaré sin ella mi pocion?

— Tiene usted razon, ni me ocurría.

— Confieso á usted francamente que si me hubiera quedado á oscuras, habria podido muy bien tener miedo de la difunta: hágame usted una lamparilla.

— ¿Y dónde está el aceite y la torcida? Si voy á pedirle abajo, entrarán en sospecha: no; bien considerado todo, veo que es menester que me quede aquí; por una noche mas ó menos no se debe faltar á su deber.

— Podria usted, dijo Leonor con timidez, dejarme el velon, porque no lo necesita para acostarse.

Petrilla reflexionó un instante y contestó: Voy á bajar á la capilla para rezar mis oraciones, y entretanto quedese usted con ella; volveré dentro de un cuarto de hora y la tomaré.

— No tengo nada que leer á hurtadillas, dijo Leonor adivinando el pensamiento de la complaciente tornera; quisiera que en mi celda hubiera luz toda la noche: esta es la razon.

— ¿Y si usted se duerme y se prende fuego?

— Conozco que no me dormiré; y quiero leer *la Vida de los Santos* que usted me ha prestado; Petrilla querida, déjeme usted el velon, se lo ruego.

— Buena idea! leer, estudiar para que vuelva la calentura! No; arregláremos mejor; usted tendrá el velon y la asistenta; le daré á usted de beber, leerémos, hablarémos; contaré algunas historias, y verá usted como se pasa la noche agradablemente.

— Por mi parte no quiero eso, dijo Leonor enfadándose: quiero que usted duerma, y que me deje la luz.

— Vaya, vaya, querida mia! Si usted es razonable, ¿sabe usted lo que la daré? ¡Un bonito canario de los que tiene sor Angela!

— Pues bien, vaya usted á buscarlo.

— ¡Oh! tenga usted paciencia, niña mimada: la canaria está en huevos, es menester que los saque.

— A mi vez, ¿sabe usted lo que le daré al momento, si tiene la bondad de hacer lo que le pido? Aquella caja grande de dulces que mi tío me envió ayer.

— ¡Ah! eso no, alma mia: no consentiria yo que usted se privase de los dulces que le ha enviado su tío para que los coma en la convalecencia.

— Detesto los dulces, y aseguro que no los probaré, y si usted no los admite, se perderán.

— ¡Perderse! no, eso no, alma mia; ¡perderse! ¡Jesus! ¡dejar que se pierdan cosas tan delicadas y que tanto habrán costado!

En este momento se oyo de nuevo la voz del jóven jardinero entonando:

Marinero de las ondas,
¡Ay! ¡ole!

Petrilla corrió á la ventana: — Sancho, cálese usted, si no quiere que le echen mañana del convento. Y se retiró groñando cerrando la ventana. — ¡Es extraordinaria la aficion que este jóven tiene por la música!

En fin, es menester ceder á todos los deseos de usted; ahí queda el velon; no lo acerque usted demasiado á la cama, porque podrian encenderse las cortinas. Hé aquí el libro de *la Vida de los Santos*; pero no lea usted demasiado, y créame. Déjeme usted mullir las almohadas y que mete la colcha. ¿Está usted bien? No deje de tocar en el tabique si algo necesita. Buena noche, querida mia: me duermo de pié.

— ¿Y la caja de dulces que olvida usted?

— Mañana, mañana, respondió la tornera bostezando y cerrando la puerta. Leonor la oyó entrar en la celda y acostarse.

Saltó al momento con ligereza de la cama, se dirigió á un cofre grande que habia en un rincon de la celda, sacó con prontitud el mismo vestido que llevaba el dia que entró en el convento, y se lo puso. Concluido su tocador, se sento cerca de la mesa, y empezó á hojear *la Vida de los Santos* maquinalmente, como quien está absorvido de toda otra cosa que de lo que hace. De tiempo en tiempo suspendia su hojear para escuchar, y no oyendo nada, lo volvía á empezar. Tocó una campana, y el profundo silencio que reinaba en el corredor fué interrumpido por el ruido de algunas puertas que se abrian y cerraban. — Sin duda, dijo Leonor, van á maitines. Transcurrido un cuarto de hora, notó en su puerta el roce suave de una mano cautelosa que parecia buscar el picaporte, y á poco entró un hombre descalzo, viejo y mal vestido, encorvado por el peso de la carga que llevaba cubierta con una sábana grande cuya extremidad arrastraba. Era el jardinero del convento, que colocó aquel voluminoso envoltorio sobre la cama, diciendo en voz muy baja, que Leonor apenas pudo entender: — Ahí está, señorita, el cadáver de sor Dorotea; ayúdeme, si gusta: don Cristóbal la espera á usted en el jardin: despachémosos.

Leonor temblaba, pero el viejo conservaba toda la presencia de espíritu necesaria. La religiosa difunta envuelta en su mortaja fué colocada en la cama de la novicia. — ¿Quién podria conocerla al verla así, era tan bonita! y sin embargo, vea usted, señorita, en lo que vendrá á parar! ¿La dejamos con las manos juntas y sujetas con su rosario? Leonor le hizo seña de dejarla como estaba; pero pensando mejor, dijo: — Déme usted su rosario, que me será propicio. José lo desenredó de entre los dedos de la difunta; pero al hacer esta operacion, uno de los brazos que tenia levantado cayó, y fué á dar en el tabique; al instante se oyó la voz de Petrilla que decia: — Leonor, ¿ha llamado usted? ¿me necesita usted? Voy al momento. Leonor dominó su agitacion y respondió: — ¿Qué tiene usted, Petrilla? ¿Porqué me dispierta usted? — ¿Pero si es usted, querida, la que ha tocado? — Habrá sido soñando, pues me encuentro muy bien; déjeme usted dormir.

La tornera se calló. Como la presencia de José no era ya necesaria, se marchó. Leonor arrodillada, apoyando su cabeza en la cabecera de la cama, y con las manos levantadas, empezó á rezar fervorosamente por el alma de Dorotea y por la suya tambien, implorando el perdon de Dios. Con la oracion se tranquilizó algun tanto; pero cuando levantó la cabeza, le pareció que la de la difunta habia cambiado de postura; pues el cadáver que habia quedado colocado sobre las espaldas, tenia entónces vuelta la cabeza hácia Leonor, y parecia mirarla con ojos lúgubres al través de sus párpados mal cerrados por la muerte. Leonor, prosternada é inmovil, consideraba con estupor á la menguada lámpara las facciones de la monja difunta, que le parecian tomar alternativamente una expresion de tristeza severa y de dolorosa compasion. Se imaginaba Leonor oír, de aquella boca entreabierta y de sus pálidos labios, reconvencciones y consejos. — ¡Llegará á tanto tu atrevimiento que te resuelvas á completar tu crimen hasta hacerte sacrilega, tú, sobrina y como si fueras la hija de un prelado tan celebrado por su virtud, tú que estás ya casi consagrada al Señor? ¡Detente, que aun estás á tiempo! No te reduzcas á ser un objeto de escándalo para la religion y de vergüenza y desconsuelo para tu familia. Mas te vale, siguiendo mi ejemplo, morir víctima de tu amor y merecer la vida eterna, que sucumbir á una pasion mundana, y perder tu honor en este mundo y en el otro el alma!

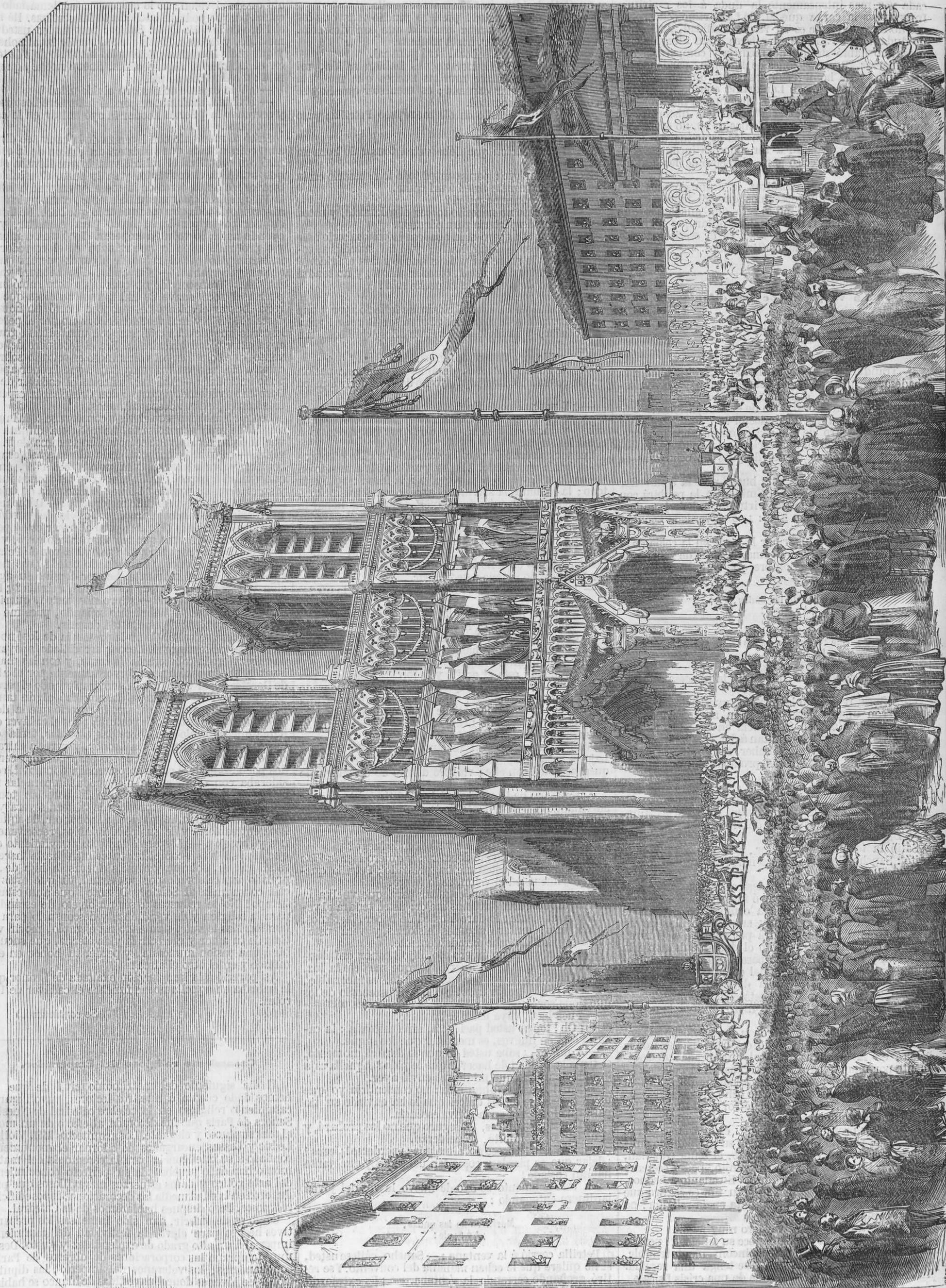
Así pareció á la imaginacion exaltada de Leonor que le hablaba en aquella noche fúnebre el cadáver de Dorotea.

(Se continuará.)

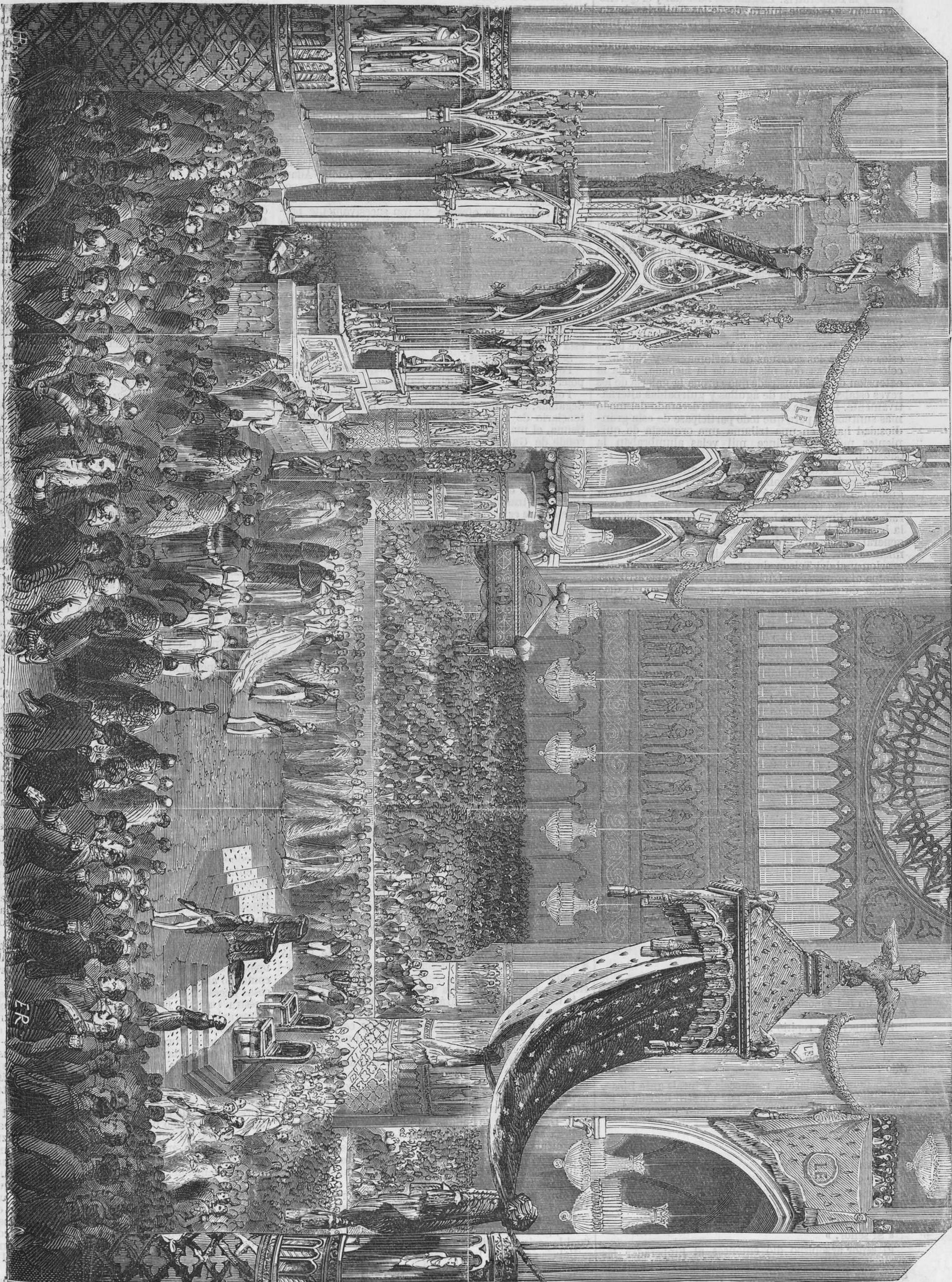
Casamiento religioso del Emperador.

Al dia siguiente del matrimonio civil de que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores, tuvo lugar el casamiento religioso en la célebre catedral de Nuestra Señora de Paris que fué decorada al efecto de un modo el mas suntuoso y elegante. Los arquitectos MM. Viollet-Leduc y Lassus encargados de adornar el monumento confiado á su inteligencia para la ceremonia del matrimonio han dado pruebas de su perfecto conocimiento del arte gótico y de los esfuerzos maravillosos que produjeron en la edad media las decoraciones de los edificios religiosos. Pero despues hablarémos de la Catedral.

Como es de inferir, han sido inmensos los preparativos hechos para elevar la festividad del casamiento imperial á un alto grado de esplendidez y gusto. Desde muy temprano las corporaciones de obreros de Paris, con banderas, los veteranos del imperio, las diputaciones de jóvenes doncellas vestidas de blanco se habian colocado en la línea por donde debian pasar el Empe-



Llegada de la comitiva imperial á Nuestra Señora.



Ceremonia religiosa en Nuestra Señora.

rador y la Emperatriz. La guardia nacional y el ejército formaban en doble hilera desde las Tullerías hasta Nuestra Señora. En la plaza del Carrousel había una brigada de coraceros, otra de carabineros, un escuadrón de la gendarmería del Sena y un escuadrón de la guardia civil de caballería. Mas adelante, esto es, desde la plaza del Carrousel ó la salida del Louvre estaban escalonados según las órdenes del mariscal comandante en jefe del ejército de París los otros cuerpos que debían formar parte del cortejo.

A medio día y conforme á los trámites indicados de antemano, la Emperatriz se trasladó del Eliseo que habitaba á las Tullerías donde debía fijar su residencia, recibida allí por SS. EE. los chambelanes, SS. AA. II. el príncipe Napoleón y la princesa Matilde y en fin por el Emperador, y al cabo de un breve rato, la comitiva observando el orden establecido para estos casos rompió la marcha por la nueva *rue de Rivoli* al *Hotel de Ville*, y desde aquí á la Catedral. La *rue de Rivoli* solemnemente inaugurada con este motivo y decorada con el mayor gusto excitaba justamente la admiración de la muchedumbre. La concurrencia en esta y en todas las calles circunvecinas aumentaba con su animación la grandeza de este espectáculo.

La decoración de la Catedral, de una riqueza considerable y adecuada al estilo y proporciones del monumento producía un efecto maravilloso. Engalanada la portada y las torres con preciosas banderolas y otros objetos de artes alusivos al objeto, formaban una visualidad altamente mágica, destacándose entre todos estos adornos las estatuas de Carlomagno y Napoleón colocadas en las dos pilastras de la fachada. Toda la extensión de la balaustrada que corona la galería de los reyes estaba adornada de águilas y guirnaldas alternativamente. La parte interior se había decorado del modo mas suntuoso, y para que todo participase de esta grandiosidad había en una tribuna una orquesta de quinientos músicos. Quince mil velas alumbraban la Catedral.

A la una el redoble de los tambores anunció la llegada de la comitiva. El arzobispo de París, precedido y seguido del clero se dirigió procesionalmente á la puerta principal que se abrió dejando libre el paso al Emperador y la Emperatriz los cuales hicieron su entrada en la basílica. Llevaba el Emperador uniforme de teniente general, el gran cordon de la Legion de Honor, el mismo collar que Napoleón I tenía el día de su consagración y el del Toison de Oro que perteneció en otro tiempo al emperador Carlos Quinto. La Emperatriz iba vestida de seda blanca cubierta de encaje con la diadema y cinturón de diamantes. Llevaba prendido á la diadema un velo encaje inglés adornado con flores. El Emperador y la Emperatriz pasaron á ocupar su trono teniendo á su derecha á los príncipes Napoleón y Gerónimo Napoleón, mientras que la princesa Matilde, los príncipes y princesas de la familia del Emperador y la condesa de Montijo estaban situados á la izquierda de la Emperatriz.

Colocadas en orden todas las personas que con carácter oficial concurrían á la ceremonia, el señor arzobispo saludó á Sus Majestades que se dirigieron al altar donde se mantuvieron en pie dándose la mano. Entonces el señor arzobispo dijo:

« Señores: ¿venis á contraer matrimonio ante la Iglesia? »

El Emperador y la Emperatriz respondieron:

« Sí señor. »

Después de estas palabras el primer limosnero del Emperador, precedido de un maestro de ceremonias, presentó para su bendición al arzobispo las arras y el anillo.

En seguida el arzobispo se dirigió al Emperador en estos términos:

« Señor, ¿Declarais, ante Dios y su Iglesia que tomáis por vuestra mujer y legítima esposa á la señora Eugenia, de Montijo, condesa de Teba que está presente? »

El Emperador respondió:

« Sí señor. »

El arzobispo continuó:

« ¿Prometeis y jurais guardar la fidelidad en todo como un fiel esposo debe á su esposa según Dios manda? »

El Emperador repitió:

« Sí señor. »

El señor arzobispo dirigiéndose á la Emperatriz dijo:

« Señora, ¿Declarais, reconocéis y jurais ante Dios y su Santa Iglesia, que tomáis por vuestro marido y legítimo esposo al Emperador Napoleón que está presente? »

La Emperatriz respondió:

« Sí señor. »

El arzobispo continuó:

« ¿Prometeis y jurais guardar la fidelidad en todo como una fiel esposa debe á su esposo y según lo manda Dios? »

La Emperatriz contestó:

« Sí señor. »

El señor arzobispo dió entonces al Emperador las arras y el anillo, y este presentando desde luego las arras á la Emperatriz dijo:

« Recibid el signo de las convenciones matrimoniales hechas entre vos y yo. »

Después colocando el anillo en el dedo de su esposa, añadió:

« Os doy este anillo en testimonio del casamiento que hemos celebrado. »

El Emperador y la Emperatriz se arrodillaron y el señor arzobispo tendiendo la mano sobre los dos esposos pronunció la fórmula sacramental y la oración: *Deus Abraham, Deus Isaac, etc.*

Después de las oraciones de costumbre el Emperador y la Emperatriz se volvieron á su trono y empezó la misa. Durante el divino oficio la orquesta de que ántes hemos hablado, compuesta de eminentes profesores, hizo oír el *Credo* y el *Ó salutaris* de la sagrada misa de Querubini, el *Sanctus* de la misa de M. Adolfo Adam y el *Domine salvum fac imperatorem*, instrumentado por M. Auber.

Los cirios de la ofrenda fueron sucesivamente presentados al Emperador por el príncipe Napoleón, y á la Emperatriz por la princesa Matilde. El señor arzobispo de Nancy, primer limosnero del Emperador y el señor obispo de Versalles, tuvieron el incensario suspendido sobre las cabezas de los contrayentes.

Concluida la misa y mientras la orquesta ejecutaba el *Te Deum* de Lesueur, el señor arzobispo, acompañado del cura de San German del Auxerrois, parroquia de las Tullerías, se aproximó á los recién casados presentándoles para la firma el registro en que está consignada el acta del matrimonio religioso.

Servían de testigos:

Por el Emperador: S. A. I. el príncipe Gerónimo Napoleón y S. A. I. el príncipe Napoleón;

Por la Emperatriz: S. E. el señor marqués de Valdegamas, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. la reina de España, el duque de Osuna, el marqués de Bedmar, grandes de España; el conde de Galvez y el general Alvarez de Toledo. Concluida la ceremonia, la comitiva partió nuevamente en dirección á las Tullerías, siendo tan grande la concurrencia agolpada en las calles del tránsito y sus alrededores, que durante muchas horas era absolutamente imposible trasladarse de un lado al otro del Sena, lo que no siempre es agradable en una capital donde los negocios particulares y el comercio exigen á todas horas una comunicación libre, sino han de experimentar contratiempos y disgustos.

Un arresto en las lagunas Pontinas.

(Continuación véase el nº 5 pág. 73.)

Confesaba sin jactancia haber matado cincuenta y una persona, pero, añadía, luchando cuerpo á cuerpo. No había matado mas que á los que se habían mostrado dispuestos á defenderse.

Su última hazaña en las lagunas Pontinas había sido el robo de una joven inglesa de diez y ocho años de edad, verificado de noche en una fonda de Terracina, en las circunstancias que van á referirse.

Garbarone había sabido, por sus numerosos emisarios, que había en Roma un extranjero de distinción, un inglés recientemente casado, que visitaba la Italia como un *Indiano*, como un nabab, sembrando el oro para satisfacer los caprichos de su joven esposa, que amaba las artes con pasión. Resolvió, pues, apoderarse de ellos á su próximo paso por las lagunas Pontinas para exigirles un rescate exorbitante. Sea que los avisos le fueran mal dados, sea que los hubieran comprendido mal, el hecho es que dejó escapar los viajeros por media hora. El inglés y su mujer llegaron á Terracina sanos y salvos, sin sospechar que habían escapado de un peligro inminente. El bandido, furioso con haber dejado escapar tan buena presa, concibió un golpe atrevido de mano para apoderarse de ella, si era posible. Envió al efecto á uno de los suyos á Terracina, el cual le trajo la noticia de que el inglés se había apeado en la fonda del Correo, y que allí pasaría la noche. Partió á las diez con una cuarentena de hombres, los mas arrojados de toda su banda. No eran necesarios mas para sitiar la ciudad, asaltarla y saquearla. Entre las doce y la una de la noche llegó á Terracina. Todo estaba tranquilo. En esas ciudades pequeñas de la península itálica, los habitantes han conservado las costumbres y los hábitos de la edad media, y la hora del anochecer es aquella que han escogido siempre para entregarse al descanso. Garbarone hizo rodear la fonda, y penetró en ella solo con algunos de los suyos. Sorprendidos en su primer sueño, los de la fonda comenzaron á pedir á gritos socorro. El bandido mató cuanto se le puso por delante, y no tuvo mas tiempo que para apoderarse de lady D. S..., que se hallaba en el simple atavío de una belleza sorprendida durmiendo. Lord D. S..., asustado con el ataque nocturno pudo á favor de la oscuridad profunda, libertarse de caer en manos de los bandidos, y fué á refugiarse el día siguiente por la mañana á la ciudad de Gaeta.

Veinticuatro horas después, Garbarone escribió á lord D. S..., que le remitiera la suma de cincuenta mil pesos fuertes en cambio de su mujer, que tenía secuestrada, guardándola las mayores consideraciones, y la cual le sería devuelta sana y salva.

Habéis gastado, le escribía, solo en Roma, cien mil pesos fuertes en estatuas, cuadros, mosaicos, mármoles antiguos y otros objetos de arte; bien podeis, pues,

consagrar la mitad de esta suma al rescate de vuestra mujer...

Lord D. S..., á quien la policía hacia creer que todos los saltadores iban á ser cogidos y ahorcados, no se apresuró á responder á la invitación del bandido.

Después de esperar tres días, Garbarone escribió otra carta mas apremiante, incluyendo en ella la mitad de la cabellera de lady S..., y añadiendo que si al cabo de otros tres días no recibía contestación, le enviaria una oreja de su mujer.

Lord S... no creyó en tanta crueldad, y pensaba además, que las exploraciones muy activas de la policía no serian infructuosas. Al decir de todo el mundo, la policía estrechaba cada vez mas á Garbarone y su banda; así pues esperó.

Trascurridos los tres días, lord S... recibió la tercera carta de Garbarone y una caja que contenía la oreja prometida. Esta vez concedía cinco días, después de los cuales, si no recibía los cincuenta mil pesos fuertes, enviaria la cabeza de milady.

Imposible era ya dudar. El inglés partió en seguida para Nápoles, y volvió con los cincuenta mil pesos, que confió á un camarero suyo, en quien tenia absoluta confianza, dándole las noticias necesarias para buscar al bandido. El camarero partió.

Lord S... aguardaba con una impaciencia febril la vuelta del criado y su mujer, dos días se pasaron entre horribles angustias. Hacia las once de la mañana del tercero, un campesino puso en manos del dueño de la fonda una caja pequeña de madera tosca, con el sobre para lord S..., y se perdió entre las calles tortuosas y estrechas de Gaeta. Era el mismo Garbarone. Abierta la caja, se encontró en ella la cabeza mutilada y aun palpitante de lady S...

El camarero, en lugar de ir á buscar al bandido para rescatar á su señora, había tomado el camino de Roma y de Civita-Vecchia, se había embarcado en un vapor que hacia escala en el Mediterráneo, había llegado á Marsella, y desde allí dirigióse á los Estados-Unidos, donde aportó con los cincuenta mil pesos fuertes.

El bandido italiano no se parece á los otros bandidos, ni á esas naturalezas odiosas encerradas en nuestros presidios, es *banditto*, pero no *maleviventi*, es decir, ladrón de profesión, y en los Estados romanos, es siempre prudente, hablando de un bandido, no confundir estas dos expresiones.

Una venganza (*vendetta*) lanza el corso á los *macchis*; por una acción del mismo género, el italiano de los Abruzzos toma la montaña, es decir, se hace bandido para vivir. Si ha querido sustraerse al cadalso, no es esa razón suficiente para que se deje morir de hambre, y *toma prestado*, con una escopeta en la mano, de los viajeros que pasan por sus dominios. La sociedad tendría muy mal gusto en negarle una limosna que pide en términos tan corteses. Una sola virtud, se dice que distinguía á tales bandidos; eran muy escrupulosos con su conciencia y la de sus prójimos; si no respetaban siempre la bolsa y la vida, era porque tenían hambre; pero guardaban religiosamente su palabra y tenían un respeto fanático á los bienes y á las personas de la vecindad.

La historia que voy á referir tiene un solo mérito; la de ser cierta. La mayor parte de mis compañeros de viaje, presentes al drama, viven todavía. Si fuese contradictoria, advierto al lector que, además de su testimonio, los manes de la principal víctima de esta escena nocturna — una notabilidad médica — saldrían de la tumba donde reposan gloriosas y en paz, hace ya cerca de tres años, para protestar en favor de la historia. Era en 1844; acababamos de entrar en los primeros de abril, y hacia cuatro meses que mis compañeros y yo recorriamos los Estados napolitanos y la Sicilia. El calor comenzaba á ser sofocante, y ninguno de nosotros se entretenía ya en hacer nuevas peregrinaciones al rededor del golfo mas bello y magnífico del mundo. Por otro lado, como todos lo saben, Nápoles es muy pobre en monumentos históricos. A decir verdad, hay dos; el museo Borbónico, el mas rico y curioso de la tierra; además el Vesubio, negruzco y humeante, puesto ante el palacio real, como una lámpara ciclópea, para alumbrar su majestuosa grandeza, y servir de linterna opaca á aquella población que el último rey recomendó al morir á su hijo en estos términos: « Tres cosas necesitas, hijo mío, para reinar en el pueblo de nuestra capital; fiestas para divertirlo, helados para refrescarlo, y cuerdas para colgarlo. » Pero en materia de curiosidad, además de los higos de Sorrento, el vino de Palermo celebrado por Horacio, el *lacrime-christi* cantado por los *turistas*, además de algunas otras golosinas locales, que es preciso tragar, so pena de pasar por un cosaco, los extranjeros pueden ir á admirar los pantalones de color de panza de rana que se visten cada noche los bailarines del teatro de San-Carlo.

Creo hablar de los macarroni, perdidos con el *lazzarone* cuya raza solo ha dejado una pequeña muestra en las avenidas del muelle. Hoy la raza de los *lazzaroni* está degenerada, mermada por los vicios de Gomorra; se les ve con un gran sombrero en la cabeza, una chaqueta de camelote, y un chaleco del que penden enormes sellos sobre un pantalon de lienzo burdo, que por la forma y la largura tiene las apariencias de un calzon de baño. Antes eran sucios hasta el punto de desesparar á un kalmuco, y marchaban con los pies desnudos. Estos son caballeros; no ya los ilustres compañeros de Mazaniello, fanáticos feroces, ignorantes y semi-desnudos, sin mas abrigo que la bóveda del cielo, pero fieles siempre á su rey y á san Enero.

Mis compañeros y yo nos pusimos á buscar un me-

dio cómodo de transporte para abandonar cuanto antes aquel mar azul bajo un cielo de azafran, el siroco y su atmósfera tédida. Pero el viajero para quien la fortuna no ha sido muy pródiga, no tiene mas que dos medios de dejar á Nápoles y su sol brutal. — Que os cuece la mollera, mientras que su suelo os asa los pies — ó los humeantes barcos de vapor que hacen el servicio de la costa, ó los *vettririni*.

El mar tiene, sin duda, muchos encantos para quien tiene el pié marino; pero todo el mundo no tiene el privilegio de soportar con calma las turbulentas emociones que procura, y yo confieso que soy de aquellos á quienes conmueve mas fuertemente, y por consiguiente á quienes que mas lo temen. Haciendo renuncia cada uno de sus gustos, caímos de acuerdo en tomar por vehículo una carroza. Fórmese idea de un cofre guarnecido de banquetas, puesto sobre las cuatro ruedas mas viejas que sea posible encontrar en toda la península; y la máquina entera provista de un tronco de árbol apenas cepillado, sirviendo de timon, y tirado por dos quimeras que, espoleadas sin cesar por las asperezas del timon improvisado, amenazan á cada instante el equilibrio del carruaje y la vida de los viajeros. El empresario de las mensajerías hubiera deseado ofrecer alguna cosa mas cómoda, pero á duras penas pudo hallar extraviada en sus graneros, aquella caja semejante á las que se usan en París para la exhibición de Heras. Pero la víspera de la Pascua, los medios de transporte escasean y encarecen, y preciso nos fué partir en la mencionada al doctor Brech..., al baron de Hoy... á Julio M*** y á mí. Julio M*** era un estudiante de primer año, que, en recompensa de sus precoces virtudes, habia enviado su madre por seis semanas á Italia, bajo la autoridad del médico que lo habia recibido al desembarcar en Nápoles.

Un asiento quedaba vacante en nuestro carruaje, hasta que llegáramos á comer á Mola, donde debia ser ocupado.

Mientras rodamos pacíficamente camino de Roma, séame lícito volver á Nápoles por algunos instantes, porque lo que sigue es necesario al conocimiento de esta historia.

Cada año, al principio del invierno llegan á Italia multitud de extranjeros de las cuatro partes del mundo. Los unos se establecen en Nápoles hasta el carnaval, que van á pasar á Roma. Otros, por el contrario, abandonan la ciudad Eterna despues de esta época, y vuelven para asistir á las magníficas ceremonias papales que tienen lugar en la semana santa. Ahora bien, precisamente en esta época, hácia el fin de la cuaresma, habia en Nápoles una familia francesa muy opulenta, el duque de ***, par de Francia, y su mujer; en aquella época habia aun Pares. El duque era hombre de unos cuarenta y cinco años; sus cabellos comenzaban á blanquear. La duquesa era una hermosa persona, aunque ya en el octubre de su vida. Viajaban como príncipes rusos, encuadrados de oro. En su calidad de par, estuvo en todas las fiestas de la corte y del cuerpo diplomático, uno de los mas brillantes de Europa, y á cuya cabeza estaban entónces los señores de Montebello y de Schwartzemberg. La señora duquesa, como mujer prudente habia tenido cuidado de llevar consigo sus mejores adornos encerrados en una caja misteriosa, que se creia llena de piedras preciosas.

La duquesa apareció en la corte del rey Fernando, brillante con la pedrería, como la urna de Nuestra Señora de Loreto. Los italianos gustan del oropel los colores vivos, las cosas de ralumbreon. Para las clases infimas del pueblo, el oro es una especie de dios mitológico. No es raro encontrar muchos de ellos que no han visto jamás un ducado, sino en pintura. En la cabeza de gentes sencillas, la aparición repentina de este metal produce el efecto de una pipa de opio en el cerebro de un chino, ó el de una cubeta de Champagne en el de un turco. Sin fuego ni hogar, la mayor parte de aquella poblacion obstruye las fondas, embarazando á los viajeros, y viviendo del producto de las limosnas que se les da por la mañana para que os dejen tranquilos el resto del día.

Entre aquella multitud habia uno, sobre todo, que no habia podido ver, sin conmoverse profundamente, tantos brillantes sobre un traje, y un traje tan rico sobre una amazon humana, que, al fin y al cabo, por mas que fuera toda la esposa de un Par, no dejaba de representar una mujer de carne y hueso, sacada de la costilla de Adán. Y con una simplicidad aparente preguntaba á sus camaradas, si todas aquellas piedras con vertidas en ducados, no darian al que las encontrara, en cualquiera parte que fuera, ó las cogiera de cualquier modo, bastantes escudos para vivir como un honrado ciudadano en el fondo de la Calabria, por ejemplo, y pasar los días de su vejez en un dulce *farniente* contemplativo. Todos los días hacia, con ligeras variantes, estas reflexiones de una filosofía un poco sospechosa, especialmente, desde que habia visto á la duquesa montar en el carruaje para ir á la corte ó al baile.

El duque y la duquesa, como buenos y fervientes católicos, se disponian tambien á asistir á las pompas religiosas de la semana santa en Roma. El azar, que gobierna un poco el mundo, la hizo partir el mismo día y casi á la misma hora en que nosotros dejábamos á Nápoles. En el momento de salir de la fonda, un palafrenero dijo algunas palabras al oido del postillon que iba á montar su cabalgadura; este echó una mirada rápida á su berlina y respondió, con un signo casi imperceptible de cabeza, que habia comprendido. Trasmittió á su colega de la primera posta la confidencia que habia recibido: este último la repitió á su vez á otro,

de tal suerte que, sin saberlo, el duque llevaba consigo la noticia de que viajaba con valores fabulosos. A mitad del camino, ya era portador de los tesoros del rey, ó por lo ménos de los diamantes de la corona. Así era como en los tiempos del buen Garbarone sus emisarios le señalaban las buenas empresas.

El mismo día de nuestra partida de Nápoles, nos apeábamos, hácia las cinco de la tarde, en una posada de Mola, donde el duque y su mujer entraron algunos instantes despues que nosotros.

Mola es una ciudad pequeña, de aspecto muy pintoresco, y agradable mansion. A decir verdad, viene á ser un arrabal de Gaeta. Este arrabal se compone únicamente de una sola calle de dos millas de largo. Por un lado, las casas están pegadas á los flancos calcinados del Apenino; por el otro, al reborde de la roca cortada á pico, pareciendo á lo lejos suspendidas sobre los abismos del mar, en el cual se reflejan como en un espejo. Las mujeres de Mola son de una belleza singular; son las únicas de toda la Peninsula que conservan todavía aquella pureza de contorno que solo pertenece á la raza griega; su magnífica cabellera de un castaño dorado irrita y desespera á las extranjeras que atraviesan la ciudad; su manera de retorcerla en espirales mezcladas con placas de plata y oro, recuerda aquellas hermosas cabezas antiguas de los mármoles del Vaticano y de Florencia.

La única fonda de la ciudad, la mejor, como así bien la mas notable y la mas curiosa de Italia, ocupa el terreno de una de las villas (quintas) de Ciceron, cuyos baños en mosaico subsisten aun completos. Al peristilo se llega por una larga avenida plantada de tejos y magnolias entretejidas con parras, madre selvas y rosales. Por el lado del Norte, la vista tropieza en inmensas cadenas de rocas peladas; por el mediodía, los ojos se pierden en los abismos del golfo y en las mas ricas viñas de Italia. La naturaleza ha desplegado una magnificencia infinita en aquel rincón del mundo. Todo el que ha visitado á Mola, conserva y conservará, estoy seguro de ello, durante su vida el mas delicioso y tierno recuerdo del admirable paisaje que se descubre desde la terraza de la fonda. Nápoles no tiene un panorama mas alegre, un golfo mas seductor.

Toda la fonda estaba ocupada por una familia inglesa, que, fatigada un día de la insupportable suciedad de las calles de Roma, se habia puesto en camino para Nápoles, y pasando por Mola, y hallando su situacion feliz y variada, la cocina buena, los vinos excelentes, se habia instalado, seis años hacia, definitivamente en la fonda, donde solo se habia apeado para pasar una noche en ella.

Una sola pieza quedaba libre y permanente para el servicio de los viajeros, el comedor, en el cual, una comida magníficamente servida nos aguardaba. El médico Brech... su pupilo, el baron de Hog... Leon Berth... y yo ocupamos la extremidad de la mesa mas próxima á la puerta por donde entraba el servicio, á fin, decia el baron, que era un gastrónomo redomado, de apoderarse de la comida al pasar; siempre que se come con ingleses, decia, es preciso apelar á esta extratagem. El duque y su esposa se colocaron junto á nosotros. El principio de la comida fué bastante alegre, pero muy pronto una tempestad terrible vino á descargar sobre la ciudad; el agua caia á torrentes, los relámpagos brillaban sin cesar, el trueno estremecia la casa, y el terror se apoderó de la imaginacion de todos los circunstantes.

Tiempo soberbio, dijo uno de los viajeros, para los salteadores de caminos; el ruido del trueno dominando el de las escopetas, nada tienen que temer de la curiosidad de los dragones del papa, ni de los esbirros del rey de Nápoles.

— ¡Salteadores! dijo Aro; si, pero desde la capitulacion de Garbarone, el último de los bandidos romanos, ya no se ven mas que en los teatros del boulevard de Paris algunas veces, pero muy raras en las lagunas Pontinas.

— No tan raras como decis, replicó un italiano, sentado junto á nosotros, y que hablaba el francés con tanta facilidad y soltura como su lengua materna.

— Mucho sentiria, dijo el médico riendo, verme privado del placer que me prometia de hallar en mi camino, una vez siquiera en mi vida, una de esas figuras patibularias, una cabeza para la picota... ¡aun cuando no fuera mas que para palpar jorobas de bandidos y dar un méntis formal á las absurdas doctrinas de Gall y de Spurzheim y á las cincuenta y tres protuberancias que han inventado!

El italiano que sostenia que los bandidos no escaseaban, era genovés de origen. Habia habitado en Méjico largos años, y nos refirió muchas historias terribles de bandidos, junto á las cuales las hazañas de Garbarone podian pasar por descoloridas pastorales. Dejada la mesa, se emprendió de nuevo el viaje, una vez pasada la tempestad, bajo la impresion de las atrocidades cometidas en las montañas de Méjico y en las lagunas Pontinas.

Hasta Terracina hicimos el camino sin tropiezo, pero en Jondi, adonde el duque habia llegado un cuarto de hora antes que nosotros, una querrela se habia trabado entre los postillones, sin que se pudiera conocer claramente la causa. Era por saber á quien tocaba partir. El uno aparentaba la fiebre, el otro no habia digerido los macaroni, un tercero no daba razon alguna, pero se negaba á salir y miraba al duque con insolencia. Era evidente que todos tenian la peor disposicion. Mientras tanto, el duque recordaba que habia en todas partes pagado con largueza las propinas que se le habian pe-

dido. Muy dichosamente para él, llegamos nosotros, porque intimidando nuestra presencia á aquellos miserables, uno de ellos se decidió á guiar la berlina. Yo creo que sin nuestra llegada, el carruaje del duque hubiera concluido por ser saqueado allí mismo. Perfectamente observamos cierta animacion en el grupo de hombres que rodeaba la berlina del duque, pero lo atribuímos á la disputa que habia tenido lugar.

Fondi está encajonado en una garganta estrecha y profunda de los últimos ramales del Apenino que vienen á sumergirse perpendicularmente en el mar. Es una ciudad pequeña, con calles estrechas y tortuosas, sombrías y sucias. Las casas son bajas, desiguales, negras; es el receptáculo de los mas atrevidos *mareantes* de Italia. Los habitantes son ásperos y rudos como sus montañas. Puestos á caballo en la frontera de los Estados romanos y napolitanos, no tienen mas que un paso que dar para escapar de la justicia, venga de donde viniere, y ponerse al abrigo de su persecucion. Es la poblacion mas turbulenta de los Estados napolitanos, y la mas vigilada por la policia.

Saliendo de Fondi, el camino costea el mar hasta Terracina, y se encuentra de un punto al otro, entrecortado por sus aguas profundas y rocas basálticas, de mucha elevacion por algunos sitios. Sigue por un arenal árido é interrumpido por torrentes, describiendo todas las sinuosidades de una extensa península, á cuyo término el camino forma, al dar la vuelta, un ángulo agudo. Fondi forma la base del ángulo, separado tan solo de las lagunas Pontinas por la espalda del Apenino, que, por senderos estrechos, torcidos y rápidos, se puede atravesar en ménos de una hora, mientras que son necesarias al ménos tres, siguiendo el camino. Esta circunstancia explica, como los bandidos, partiendo de Fondi, se hallaron en las lagunas Pontinas mucho antes que nosotros.

A las diez de la noche llegamos á Terracina, donde la policia del papa debia examinar nuestros pasaportes, y los aduaneros registrar los equipajes. Los aduaneros italianos son amigos de la franqueza, la urbanidad y los buenos modales. Son de fácil composicion cuando se les afirma bajo palabra que no se lleva cosa sujeta á derechos de aduana.

Esta vez tenian que habérselas con gente experta; y los equipajes descargados y abiertos por mera forma, volvieron á los carruajes como habian bajado. A media noche salimos de Terracina, y bajamos rápidamente la cuesta poco escarpada que conduce á las lagunas Pontinas, creyendo que el duque nos llevaba de ventaja una hora por lo ménos.

Estas lagunas Pontinas, tan temidas de los viajeros, encierran toda una historia. Para hacerla completa, seria necesario remontar hasta Homero; pero yo no iré tan lejos para trazar rápidamente su fisonomía.

La celebridad de aquellos lugares se debe tanto á su insalubridad, como á los numerosos y terribles hechos de los bandidos que, en todos tiempos encontraron allí un refugio contra las incesantes correrías y persecuciones de la policia papal, y donde pudieron, durante muchos años, afrontar impunemente las leyes.

A decir verdad, no es mas que un inmenso charco, de una extension de mas de cuarenta millas, sobre doce ó quince de ancho, encerrado entre el mar, el monte *Circe*, el Apenino y la campiña de Roma. Se parecen tambien á los *macchis* de Córcega, y como ellos, son de una monotonía desesperante. La vía Appiana, guarnecida ahora con una triple fila de árboles, de la familia de las sensitivas, corta aquella inmensa cloaca á lo largo en dos partes casi iguales. De la montaña salen riachuelos y torrentes que vienen á perderse en un suelo plano y esponjado, que seria peligroso atravesar sin tener un conocimiento práctico de los senderos que lo dividen formando eses. Canales anchos y profundos, obra los unos de emperadores romanos, los otros de papas, siguen paralelamente la calzada, y van á morir al mar, uno junto al monte Circe, otros por arterias profundas, abiertas de trecho en trecho, durante todo su curso, van igualmente á verter sus aguas á lo largo de la costa.

Sobre estas aguas flotan barcos de formas extrañas, que datan al ménos de la época de los Argonautas, y que son gobernados por hombres cuyo traje nativo recuerda la edad de oro del mundo en la cual, segun se cuenta, se vivia en la mas perfecta inocencia.

El *mal aire* reina durante seis meses en aquellas vastas soledades, que parece haber sellado con su sello el genio del mal. Se dice que aquel suelo era productivo antiguamente, que aquellas campiñas eran saludables, y estaban cubiertas de una vegetacion exuberante, y que se han esterilizado á causa de la despoblacion que se hace remontar nada ménos que hasta el tiempo anterior á los emperadores romanos. Pero ningun documento histórico ofrece de ello pruebas satisfactorias. Solo se encuentran en aquellos sitios bandas de zarceas, caballos y toros semi-salvajes, manadas de búfalos con pelo oscuro y sucio, y mirada fiera, errando todos libremente. Numerosos rebaños de puercos salvajes habitan á lo largo de la costa del mar. Hay hidalgos en el mundo que hacen subir su genealogía hasta los primeros tiempos del cristianismo; pero yo les desafío de jactarse de una nobleza mas antigua, mas ilustre que la de aquellos animales, puesto que descienden limpios de toda mezcla, de los compañeros de Ulises, habiendo tenido sus antepasados la gloria de ser cantados por Homero. Ni un pájaro se oye en los zarzales; solo los reptiles mas repugnantes se arrastran y multiplican en aquellos lugares.

(continuará.)

POLKA.

INTRODUCTION.

Piano.

Musical score for the Introduction and Polka sections. The Introduction is in 2/4 time, marked 'Piano'. The Polka section begins with a treble clef and a key signature of one flat, marked 'POLKA.' and '8va'. It features various musical notations including triplets, slurs, and dynamic markings like 'fz' and 'p'.

TRIO.

Musical score for the Trio section. It is in 2/4 time and marked 'TRIO.' with a 'p' dynamic. The section includes 'p staccato.' markings and 'Da-capo il Polka.' at the end. The score continues with complex rhythmic patterns and dynamic markings like 'ff' and 'fz'.

Procédés d'E. DUVERGER.

Da-capo il Polka.

REDOWA.

INTRODUCTION.

Piana.

Alleg. moderat. *8va* *loco.* *8va* *loco.*



fz *fz* *diminuen do* *p.*



Redowa.

p *cres.*



p *cres.*



1^o Fors. *2^o Fors.*



fz *fz* *8va*



loco. *8va* *loco.*



CODA.

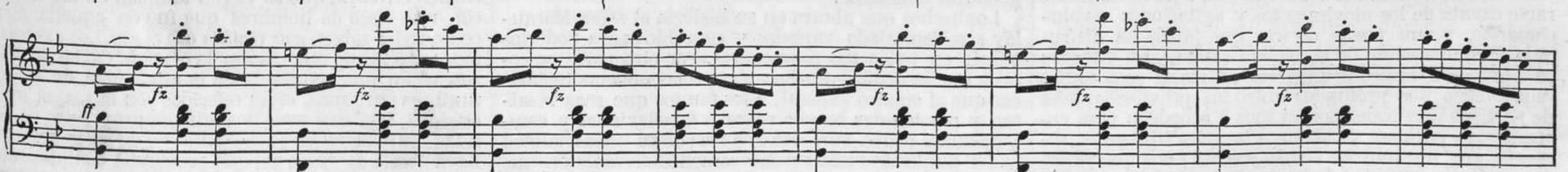
p *cres.*



p *cres.*



fz *fz* *fz* *fz* *fz* *fz*



fz *fz* *p*



Procédés d'E. DUVERGER.

Cronica literaria.

Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II, por Macaulay, traducida por el baron Julio de Peyromet.

Se esperaba con impaciencia la traduccion de la historia del señor Macaulay, el nombre del autor y el buen éxito que su obra ha tenido en Inglaterra justifican el deseo del público. Debemos estar reconocidos á don Julio de Peyromet, por el servicio que ha hecho, dando la version de esta historia interesante, y poniéndola así al alcance de los franceses. Los libros extranjeros tienen poca acogida entre nosotros y casi siempre quedan condenados al olvido y desconocidos hasta que una traduccion nos permite leerlos sin dificultad. Nosotros mismos reconocemos nuestra ignorancia ó por lo ménos nuestra pereza con respecto á las obras extranjeras, prefiriendo generalmente las traducciones á los originales; no observo que en esto haya habido mucha variacion desde que en los colegios se enseñan los idiomas inglés y alemán, y por esta razon profesamos la mayor gratitud á los traductores.

El señor Macaulay pertenece á la esfera de los buenos talentos con que tanto se envanece la Escocia con mucha razon. El siglo diez y ocho ha visto aparecer en esta parte de Inglaterra una escuela histórica, filosófica y literaria, que se ha elevado mas en el presente con sus publicaciones estimadas y periódicas. Hume, Robertson, Ferguson como historiadores; el eminente Tomas Reid, el elegante pero débil Dugald Stewart, han fundado bajo títulos diferentes la reputacion de esta escuela. Existen ciertos vínculos de parentesco entre los escritores de Edimburgo y algunos de los nuestros del siglo pasado. Los filósofos y los historiadores escoceses se distinguen por la claridad de su lenguaje, por su don analítico y juicioso: tienen por lo regular mas exactitud que extension y originalidad verdadera; pero son sencillos, naturales y fáciles, y esto hace que sean muy á propósito para interesar é instruir. Estas cualidades de raciocinio y buen método que tan necesarios son en un historiador, los posee el señor Macaulay con la circunstancia de reunir además una independencia general de criterio, cierta viveza interesante en el modo de emitir sus ideas; cosa que no se encuentra por lo regular en los escritores de la escuela escocesa, siempre frios y tímidos por naturaleza.

El señor Macaulay ha escrito su historia bajo las impresiones de la opinion *Whig*, y fácilmente se comprende que no sea favorable á la causa de los Stuarts, y que el juicio que establece acerca de su política y de sus hechos privados no lleve siempre el sello de una imparcialidad completa. Bajo este punto de vista forma un contrapeso útil á la obra de Hume que fué, como todos saben, un *jacobita* declarado. Hume ha sido hasta ahora nuestro guia principal con respecto á la historia de Inglaterra, y sea el que fuese el partido á que pertenezca, debe aprobarse que un ingenio distinguido como el del señor Macaulay haya sostenido la tesis contraria á la defendida por Hume. De este modo se puede establecer una opinion entre dos doctrinas opuestas, y llegar á conocer la verdad, dando al espíritu de partido la parte que corresponde en la exposicion de los dos historiadores.

Retrocede el señor Macaulay hasta los tiempos mas remotos de la historia de Inglaterra, de la cual nos da un bosquejo vivo y breve, deslizándose ligeramente sobre las invasiones sajona, dinamarquesa y normanda, siempre desfiguradas con muchas fábulas, fijando con razon el verdadero principio de la nacion ó reino, en el rey Juan, que llegó de Normandía con la famosa constitucion de donde han nacido todas las libertades de la Inglaterra. En la misma época tuvo principio la nacionalidad y concluyeron las distinciones entre sajones y normandos. En el reino de Ricardo I la imprecacion mas comun de un caballero normando era: «antes me haria inglés;» pero muy pronto el nombre de inglés dejó de ser un título infame, que se adoptó y reivindicó con orgullo. El señor Macaulay habla con altivez, justificada sin duda, de aquella constitucion que tan gran papel ha representado en la escena de la civilizacion de los pueblos modernos. Recuerda que á fines del siglo trece poseía la Inglaterra una asamblea deliberante, dos universidades, una marina considerable, todos indicios del engrandecimiento de un pueblo; y no puede dejarse de admirar su marcha política verdaderamente ejemplar al considerar las vicisitudes y los trastornos sin cuento que han acompañado el curso de los demás estados.

La nacion inglesa sin embargo está lejos de considerarse exenta de los movimientos y agitacion revolucionarias, y aun puede decirse que jamás ha disfrutado de un momento de verdadera calma. ¿En qué otro país se vieron nunca disidencias religiosas mas acaloradas, odios mas profundos entre las provincias, jefes de partidos mas poderosos, ni mas á propósito para encender las pasiones y excitar á la pelea? El autor recuerda que durante los ciento sesenta años que precedieron á reconciliacion de los dos Rosas, reinaron nueve reyes en Inglaterra: seis de ellos fueron destronados y cinco entre ellos perdieron la vida con la corona. Seguramente no se dirá que este pueblo sea un dechado de tranquilidad; pero á pesar de esto, y en medio de estas convulsiones y de sus guerras intestinas y exteriores, no se dirá que no sigue su plan con una tenacidad realmente admirable, para establecer su existencia política sobre bases legales, que ninguna fuerza humana sea capaz de desquiciar. La libertad es para aquel pueblo

una palabra sagrada, un punto de ayoyo que siempre sabrá encontrar en medio de los mas fuertes sacudimientos: quererla tocar, seria atentar á la existencia del pueblo: la libertad, es la misma Inglaterra.

El libro del señor Macaulay contribuirá mucho á dar á conocer la formacion sucesiva y tan interesante de las constituciones inglesas sobre las cuales en vano se meditaría mucho con detenimiento. Se habla á menudo por lo que se oyó acerca de ellas; y muchas gentes no saben mas que lo que dice Montesquieu: nos faltan muchas explicaciones que los ingleses sobre todo deben darnos. El señor Macaulay se ha propuesto mas bien que exponer los hechos en sí mismos, deducir las consecuencias relativas á las costumbres, á las ideas, á las instituciones modernas. Entra de lleno en su asunto en el reinado de Carlos I, que da principio á una época tan singular como memorable en los anales de Inglaterra. Se comprende el objeto del historiador, y no se puede esperar que dé la razon al desgraciado Carlos en la lucha que creyó deber sostener contra la Cámara de los Comunes. Según el señor Macaulay, el rey obró siempre con engaño, no porque fuera malo por naturaleza, ni porque el faltar á su palabra debiera atribuirse á perversidad de conciencia, sino porque cedía á las sugerencias de los teólogos, que le habían enseñado que entre él y sus súbditos no podía existir contrato positivo ni que causara estado.

Las reconvencciones que el señor Macaulay ha creído deber dirigir al rey, no le han impedido hablar del hombre con decoro y dignidad. Reconoce en él varias cualidades de las que constituyen los grandes príncipes; una vida privada sin tacha, dulzura, bondad con todos los que le rodeaban, una inteligencia despejada, y adornado de una excelente instruccion; pero desgraciadamente un olvido constante de su palabra con respecto á sus súbditos, falsas convicciones acerca de su autoridad, juntas á la falta de solidez en sus relaciones con los Comunes, eclipsaron sus buenas prendas y fueron la causa de todas sus desgracias. El historiador no niega que hubo mucha hostilidad y encarnizamiento por parte de la Cámara de los Comunes; pero recuerda no obstante que los actos de rigor no tuvieron lugar sino por grados, y cuando la confianza se habia perdido completamente. Todo tenia todavía remedio cuando se expidió la famosa ley conocida bajo el nombre de *Petition de Derechos*, que despues han calificado como la segunda constitucion de las libertades de Inglaterra. Entonces no dudó el parlamento en acordar á Carlos todos los subsidios que pedia; y muy oportuno habria sido que el rey por su parte hubiera respetado los tres principales artículos de la petition, esto es: la imposicion de contribuciones con el acuerdo de los Comunes, respetar la libertad de todos los que se encontraban bajo la salvaguardia de la ley y la supresion absoluta de la ley marcial.

Se ve que la figura de Carlos I ha sido para el señor Macaulay un objeto de esmerado cuidado; diseña con arte y fidelidad la fisonomía del famoso Straford que tanta influencia ejerció en la política como en la suerte de su amo. El historiador traza todos sus retratos con una sinceridad que aumenta la fuerza de su crítica; y en medio de sus juicios desventajosos cuida siempre de decir algun bien, comprendiendo que la crítica queda sin alcance si no lleva el claro obscuro del elogio. Hace, pues, al ministro Straford la misma justicia que al rey Carlos; reconoce en aquel cualidades sólidas y raras, elocuencia, habilidad, resolucion, elevacion de sentimientos, pero dice que una ambicion desmedida dominó todas sus ideas: tuvo una crueldad impávida y meditada que por nada se detiene, y con suma los mayores excesos por que es el efecto, no ya del instinto ni de la índole, sino de un sistema calculado y de una resolucion fija, en cuyo caso la ejecucion es en el concepto del hombre un caso de conciencia en artículo de fe política. Soñaba Straford para su amo una autoridad sin limites, sin intervencion, lo cual despues que hubiese abolido todas las garantías y libertades de Inglaterra, no habria tardado seguramente en extenderse en el continente, tratando en todas partes de invadir y conquistar. El historiador compara á Straford con Richelieu. Verdad es que hubo cierta analogía entre el carácter y miras de estos dos ministros. Straford para realizar sus vastos planes tenia el proyecto de formar un ejército permanente con el cual conocia que se haria dueño de todo. En efecto en eso consiste la fuerza de los políticos absolutistas. El ministro inglés hizo el ensayo de su despotismo militar sobre la Irlanda, que gobernó por algun tiempo á mano armada, y todos saben cuales fueron para él las consecuencias de un gobierno semejante.

Los hechos que abraza en su historia el señor Macaulay son demasiado variados y conocidos para poderlos seguir en todos sus pormenores. Por otra parte se conoce que se dedica mucho ménos á las noticias históricas que al cuadro general, á los puntos que mas resaltan y pueden dar mayor margen á reflexiones y comparaciones útiles. Para dar una idea de su imparcialidad y del punto de vista verdaderamente elevado en que se coloca para establecer algunos de sus dictámenes, citaré el pasaje en que aprecia los dos grandes partidos que se formaron en aquellos tiempos de confusion: «Durante algunos años los designaron bajo el nombre de Caballeros y de Cabezas redondas, dice el señor Macaulay: despues los llamaron *whigs* y *toris*; y no fuera difícil hacer un panegirico de cada uno de ellos, ó una sátira, porque un hombre á ménos que esté privado completamente de prevision y de franqueza, no puede negar los borrones que mancillan la reputacion de su

propio partido, ni negar que el partido contrario puede con justa razon jactarse de tener nombres ilustres, hechos heróicos, y de haber prestado muchos servicios al estado. En efecto, si bien los dos se han engañado, la Inglaterra no habria podido pasar sin ninguno de los dos; porque si en sus instituciones ha sabido amalgamar, hasta un punto desconocido en toda otra parte, el orden y la libertad, las ventajas que resultan de las innovaciones y las que produce el sistema de conservacion, debe esta feliz circunstancia á los conflictos y á las victorias alternativas de estas dos confederaciones de hombres de Estado; la una celosa por la autoridad y la antigüedad, la otra por la libertad y el progreso. Observemos que la diferencia que existe entre estos dos grandes partidos políticos, lo fué siempre mas bien de medidas que de principios. Por un lado algunos entusiastas estaban prontos á deponer á los piés del rey todas nuestras libertades y franquicias: por la otra, otros entusiastas tambien se hallaban resueltos á seguir, en medio de trastornos sin fin, el fantasma querido de su república; pero la gran mayoría de los partidarios de la corona era opuesta al despotismo, así como la gran mayoría de los campeones del derecho era opuesta á la anarquía. Dos veces en el siglo diez y siete suspendieron las hostilidades los dos partidos y reunieron sus fuerzas para una causa comun: la primera coalicion restablecia la monarquía hereditaria; la segunda salvó la libertad constitucional.

Todo el periodo que trata del reino de Carlos I lo ha desempeñado el señor Macaulay con una elevacion de justicia y de buen sentido que honra mucho su reputacion de historiador. Es sensible que haya tratado de un modo tan conciso todo lo que se refiere al largo parlamento y al reinado de Cromwell. La situacion del protector en medio de los partidos que debian repartirse entónces la política de la Inglaterra, exigia, en mi entender, que se delinease con mas claridad. En Francia no conocemos sino de un modo muy imperfecto la mayor parte de los hechos relativos al restablecimiento de una dinastía real, maltratada en uno de sus miembros, y llamada despues para verse despreciada otra vez. Sin embargo el historiador explica en términos categoricos, que fué el temor del *pretorianismo*, la idea de ver el gobierno en manos de algun jefe militar la que impelió los dos partidos políticos á admitir de comun acuerdo la restauracion de los stuardos. Esta abnegacion en el conflicto de un peligro eminente constituirá un honor eterno para el buen sentido del carácter inglés. Caballeros, cabezas redondas, obispos y presbiterianos, todos comprendieron que á todo precio era necesario salvar la nacion del yugo militar; que ántes de discutir las cuestiones de equilibrio y de poder entre la soberanía, los lores y los comunes, se debia decidir, como lo dice el señor Macaulay, si la Inglaterra habia de ser gobernada por coraceros y alabarderos. Esta reunion de los partidos efectuada para salvar las añejas leyes nacionales, dió á la nacion inglesa el desenvolvimiento de su fuerza moral y política; y pudo obligarse á una resolucion nueva sin temer jamás graves trastornos en sus instituciones y su libertad.

Puede presumirse que el historiador junte el reino de Carlos II y el carácter de este con un colorido poco lisonjero. Verdad es que poniendo á un lado todo espíritu de partido, los sucesos, los actos políticos y privados del rey, no se prestan mucho á un juicio favorable. No se puede negar que durante su reino se rebajó mucho la Inglaterra, haciéndose en cierto modo vasalla de la Francia. El oro de Luis XIV se infiltró por todas partes: toda la influencia y todo el favor se puso en manos de las cortesanas, de los aduladores, bufones y poetas de la corte, de hombres corrompidos. El cuadro de Carlos II, algo duro en algunos de sus pormenores, en su conjunto está trazado con mucha finura y verdad. «Quería, dice el señor Macaulay, ser rey por el estilo que Luis XV lo fué despues en Francia, á fin de aprovecharse del tesoro para satisfacer sus gustos particulares, recompensar con dignidades y á peso de oro aquellos que podian contribuir á matar el tiempo, alejar de su serrallo la verdad importuna, sin ver ni oír nada que turbar pudiera su descanso voluptuoso, aunque el Estado estuviera sumido en humillacion y próximo á su ruina, merced á su inepta administracion.»

El señor Macaulay sobresa en los retratos; he citado ya los de Carlos I, Carlos II, Stafford, William Laud, arzobispo de Cantorbery, y podrá considerarse tambien el de Clarendon así como la comparacion que hace el autor entre este y Carlos II, cuando llegaron al poder y se vieron colocados ante una cámara de Comunes sin igual, con la de Luis XVIII, y el duque de Richelieu en 1813, que se vieron tambien en un conflicto con una clase de hombres que fué en aquella época, como todos saben, *mas realista que el rey*. Los excesos de toda especie que mancharon la corte de Carlos II, y fueron como una repalsal de la austeridad de las costumbres puritanas, están referidas con la mayor minuciosidad. Con una serie de reglamentos y actos de debilidad, verdaderamente inexcusables de parte del rey, se llega hasta la época en que prescindió completamente de su propia dignidad y de la de su pueblo, vendiendo á Luis XIV la ciudad de Dunkerque que Cromwell habia conquistado, quitándosela á la España. Fácilmente se alcanza que esta venta excitó el descontento de la nacion y la odiosidad contra el rey, siendo por lo mismo desde entónces fácil prever una nueva revolucion que no podia tardar en manifestarse. Las propensiones políticas del señor Macaulay se justifican por lo demás con los sucesos desastrosos de aquel reino. Hay sin duda exageracion en sus aserciones cuando pretende que las

relaciones entre Carlos II y Luis XIV eran las mismas que existen hoy entre el rajah de Nagpore, ó el rey de Oude y el gobierno inglés: no obstante es cierto que cuando se ve al indolente Carlos II admitir todo de la mano del rey de Francia, hasta las meretricias con título, no es posible que sorprenda la poca simpatía que encontraba la causa de los Stuartos entre los hombres de buen juicio y de conciencia. Bajo su cetro, dice el historiador, la Inglaterra decayó por grados hasta el último de las naciones de segundo orden, y no ha logrado restaurarse y colocarse en su esfera sino bajo otra dinastía. Parece que tales conclusiones no admiten réplica.

El señor Macaulay ha comprendido, como hombre de ingenio y de instrucción, que la historia exigía en nuestros días la vida y fuerza que suministran el arte y el estilo; y ha sabido desempeñar su asunto presentando una descripción muy interesante de lo que era la Inglaterra en el siglo diez y siete con respecto á las costumbres, al comercio, las artes, la literatura, etc. Este cuadro á la vez histórico y pintoresco, no será la parte de la obra que ménos se aprecie por los lectores franceses. Las comparaciones originales que se encuentran en cada página, adquieren á nuestra vista mayor valor, porque están hechas no por uno de tantos observadores frívolos ó cronistas de paso, que hacen una profesión de narrar y describir lo que encuentran en su tránsito, sino por un verdadero inglés, por un historiador, crítico y competente que nunca descuida su papel aunque solo se limite á contar y describir. Se ven nacer sucesivamente esas metrópolis comerciales que han ensalzado á tan alto grado la fortuna y prosperidad de la Inglaterra, Leeds, Bristol, Liverpool, Manchester, Birmingham, que no eran mas que aldeas en el siglo diez y siete. La ciudad de Londres tan magnífica y suntuosa en el día como pobre y bárbara entonces, ocupa por necesidad un lugar muy preferente en la descripción. Nótese en esta narración contrastes singulares: ¿en dónde está ya el tiempo en que los cuarteles de Regent-Street y Piccadilly no presentaban sino callejones oscuros en que se veían montones de restos de verduras y frutas corrompidas en las puertas de los palacios de los grandes, y cuando el mercado se hallaba establecido en lo interior de Covent-Garden? Cuadros singulares, muy dignos del pincel de Hogarth y que este pintó en efecto. Una nota de la obra nos remite á otra de las principales del autor. En *La Mañana*, se encuentran todos estos pormenores descritos con suma escrupulosidad.

El señor Macaulay coge de nuevo el hilo de su historia á la muerte de Carlos II, y en el reino de Jacobo II, y reconoce que comenzó bajo auspicios felices. Las primeras palabras que pronunció el rey le cautivaron los ánimos de su Consejo; pero sabido es como cambiaron estos primeros síntomas de confianza trocándose en sentimientos de profunda animosidad entre el pueblo y el soberano. El historiador ahorra sus colores mas sombríos para hacer resaltar mas el terrible Jeffreys, consejero funesto de Jacobo II, uno de aquellos hombres coléricos y violentos que deberían estar siempre lejanos de la dirección de los negocios y de la administración de la justicia.

Este es el Jeffreys que decia al verdugo encargado de azotar á una desgraciada mujer que había condenado: « Os encargo que tengáis un cuidado particular de esta señora. ¡Sacudídmela vigorosamente! ¡azotadla hasta que la sangre corra!» El historiador al paso que se hace cargo de atrocidades semejantes, reconoce en sir G. Jeffreys algunas cualidades propias de un magistrado: reunió sin duda aquella dosis de saber, de inteligencia y voluntad que permite la conciencia de un hombre que había consagrado toda su existencia y su alma á la felicidad cruel de acusar y de hacer culpables. Afortunadamente los Jeffreys son raros en la historia, y este nombre se ha convertido en una palabra de reprobación en todos los partidos, poniéndose todos de acuerdo para condenar á un hombre público sobradamente cruel para anteponer sus pasiones á los intereses de la humanidad y la justicia.

Hasta ahora no tenemos sino la primera parte de la historia del señor Macaulay; mas el editor nos ofrece muy pronto el segundo volumen. Hasta entonces no se podrá establecer una opinión, no sobre el mérito de los pormenores, sino sobre el conjunto y el espíritu de una obra que puede considerarse desde ahora muy interesante é instructiva. El autor nos lleva solamente hasta la mitad del reinado de Jacobo II: está por lo tanto muy distante todavía de concluir su carrera, pues debe llegar hasta nuestros días. Debo por lo ménos pensarlo así, habiéndose el traductor olvidado de darnos algunas noticias preliminares acerca del señor Macaulay, del objeto y naturaleza de su obra. Esta omisión, que puede ser suplida en el segundo volumen, no impide descubrir ya todo el ingenio y penetración del historiador. Por ejemplo, ¿porqué se acuerdan tan pocas páginas á Cromwell, y se desenvuelve tanto á Tito Oates, ó la conspiración de Monmouth? Además, al hacer justicia á los sentimientos independentes y equitativos que demuestra el señor Macaulay, ¿se sentirá acaso que sea Whig y solamente Whig, hombre de oposición, que no sale de cierto círculo de ideas é intereses de afinidad política y de casta? ¿Este punto de vista está acaso bien delineado y claro con respecto á lo que de derecho se puede esperar del historiador? ¿Entré los dos partidos que reinan en Inglaterra desde el siglo diez y siete, no existe por ventura un tercero que ha representado gran papel en la política inglesa como en la nuestra, y con el cual es preciso contar, si se quiere llegar al corazón

de las cosas, evitar el panegirico parcial de una sola parte de la sociedad y todos los lugares comunes de legalidad, progreso y liberalismo? Es pues de temer que, á pesar de todo, la historia del señor Macaulay tenga un carácter superficial, una falta de colorido decidido con respecto á ciertos acontecimientos que, bien considerado todo, son la llave ó la esencia por completo de la historia moderna. Mas digamos una vez mas que solo tenemos la primera parte; esperémos, pues, que se complete: preciso es que la historia concluya con el libro, y entonces nosotros concluiremos tambien con respecto á él.

Las primeras impresiones de la vida.

No soy bastante filósofo ni escéptico para hablar útilmente sobre las causas primeras ó los colores primitivos. Sin embargo, todos contamos en nuestra existencia algunas primeras impresiones en extremo curiosas y admirables que pueden hacernos reflexionar mucho, tanto mas interesantes cuanto que hablan á nuestro corazón, y todos pueden comprenderlas.

El primer paso es solo el que cuesta, dice un refrán francés, y tambien universal, que nos es á todos tan conocido como á un estudiante el verso latino *facilis descensus averní*, ó el otro refrán «Mas vale pájaro en mano que dos volando.»

Permitaseme, pues, añadir á mi vez á « la sabiduría de las naciones » algunos otros axiomas, asentando que « no olvidamos jamás nuestros primeros pasos, nuestra primera subida, nuestra primera piedra de descanso y nuestra primera caída. »

El tiempo cicatriza muy en breve la herida que recibimos hace algunos años: en vano buscamos la señal, y si acaso existe, hemos olvidado cuándo la recibimos y quién nos la curó. ¿Nuestra primera herida, decimos? Figúrasenos que es de ayer; parecémos ver brillar la espada y sentir el frío del acero, aun cuando nuestra cabeza parezca un copo de nieve, y nuestros amigos y enemigos hayan muerto, no conservando mas conocimientos ni amistades que las de los que eran niños cuando fuimos heridos por primera vez.

Cada uno tiene su humor y su carácter; pero si nos consideramos bajo este aspecto, todos nos parecemos. ¿Qué importa la materia de que se compone la cámara oscura, ó la cámara lucida del daguerreotipo? Que sea de palo de rosa ó de pino, que el lente sea de cristal de roca ó de vidrio, las primeras impresiones atraviesan con igual fuerza el foco, yendo á fijarse de la misma manera permanente sobre la hoja de plata de la memoria. El duque y el barrendero, la marquesa y la vendedora de manzanas, el estudiante y el anciano, á pesar del borrascoso mar que cubre con sus olas el espacio que media entre ayer y hoy, entre el sol poniente y la rosada aurora, son todos ellos parecidos á las rocas descritas por Caleridge en su fantástico poema, *El viejo marino*. Todos llevan consigo

« la indeleble señal de lo que fueron. »

La mayor parte de nuestras primeras impresiones se conservan en los mas recónditos asilos de la memoria, si nos es lícito usar aquí esta metáfora familiar. Con frecuencia creemos haber perdido las llaves; pero es verdad que no han hecho mas que extraviarse, y de tiempo en tiempo las encontramos olvidadas en el fondo de algun bolsillo, atadas á un llavero que habíamos abandonado por inútil. ¡Ah! hé aquí la llave del cajoncito donde encerramos nuestro primer billete de amor, cuya tinta limpiada y brillante se ha vuelto amarilla, pero cuyos caracteres se conservan tan claros y bien formados como al principio. Hé aquí otra donde encerramos nuestro primer frac, hoy día tan raído y apollillado, pero que no por eso deja de ser el primero que usamos. En vano hemos quebrado por dos veces y nos hemos declarado insolventes; en vano hace mucho tiempo fué Jack sentenciado á la trasportación, Ned encerrado en su féretro, y Tom asado y devorado por los salvajes de la Nueva-Zelanda; en vano nos pavoneamos orgullosos en una dorada carroza, y negamos que hemos ido á pié y llenos de lodo; en vano hemos trocado nuestro apellido y tomado un título y escudo de armas; en vano ocultamos con guante blanco nuestra mano encallecida y manchada con los trabajos de la servidumbre; en vano en fin nos alimentamos con sopa de tortuga en vez de callos, y bebemos vino del Rhin en lugar de cerveza; nunca olvidaremos nuestras primeras impresiones, ni se borrará jamás la huella que dejaron nuestros primeros pasos. Arrojad la piedra en el Leteo tan profundamente como pudiereis; el perezoso río, despues de guardarla algun tiempo en su seno, la volverá á arrojar á vuestros piés mas pulida y reluciente que nunca.

Hay impresiones particulares á los diferentes sexos (el autor de estos apuntes pertenece al ménos amable); pero tambien las hay que son comunes á los dos.

Pero no es este sin embargo mi objeto (y os pido mil perdones señoras y señoritas: quiero hablar de mi primer par de pantalones.) ¿Quién no recuerda, ni quién puede olvidar esta prenda de nuestro vestido tan ardentemente deseada, tan estimada, tan temida y tan admirada? ¿Cuán incómoda nos pareció la primera vez! ¿Si no fuera por el orgullo de hombre que nos inspiraba, cómo hubiéramos vuelto á tomar nuestra blusa de montañés de Escocia, y con ella recorrido el mundo! Es preciso que confesemos tambien la admiración que nos produjo al subir sobre una silla y contemplarnos al espejo. ¡Ay! con gran vergüenza nuestra nos vimos sorprendidos por algunas maliciosas primas que nos

hicieron llorar con sus sarcasmos y burlas. Pero tambien, ¡con qué inexplicable placer metimos la mano hasta el codo en los bolsillos, en los cuales encontramos una moneda de seis peniques que nos habían puesto allí para que nos procurara el placer y la felicidad! ¡Y cuán amargo fué nuestro dolor, y cuál nuestra humillación cuando al salir á la calle mas orgullosos con nuestro vestido nuevo que un romano con su pretexto, nos encontramos frente á frente con algunos pilluelos que nos pusieron en ridículo, comparándonos á unas tenazas de chimenea, y arrojando sus trompos á nuestras piernas! ¡Qué castigo nos impuso el tunantuelo (que problemente habrá sido ahorcado ó deportado) el cual armado con un clavo nos desgarró el pantalón desde la rodilla abajo, huyendo y riéndose en seguida!... ¡Y cuál fué nuestro terror al volver al maternal regazo, temiendo que nos riñesen nuestros padres!

¡Nuestros primeros pantalones eran de color de tabaco, unidos con botones á lo chaqueta, abierta de manera que dejaba ver la pechera de la camisa, tan perfectamente planchada, que nos prestaba el aspecto de un pollo preparado para asarlo. ¡Terrible moda que daba al maestro de escuela vivos deseos de alzar su palo contra nosotros! Cuando uno se hallaba así vestido y cerca de él, debería costarle mucho trabajo el contenerse para no alzar las disciplinas, á que son tan aficionados los pedagogos. Confieso á mi vez que me cuesta mucho tambien el contenerme cuando felizmente rara vez veo pasar por mi lado algun niño vestido con el traje que en mi tiempo se llamaba en Inglaterra traje de esqueleto.

¡Nuestro primer libro con estampas! Nacimos en la época de Jorge IV, y todavía recordamos con placer las caricaturas de aquella época, edad de oro de los elegantes, entre los que se contaba en primera línea nuestro príncipe, lo cual le esponía con frecuencia á figurar entre aquellos repertorios satíricos. Generalmente se les ponía un marco de papel dorado, que ya no existe en las tiendas y almacenes. Nuestro primer libro de imágenes contenía la historia pintoresca y en verso de un cierto M. Ungüento-pildora, que por su nombre debía ser un discípulo de Esculapio. Todavía conservo en la memoria la relación de un gran convite que dió á sus amigos y que empezaba así:

Ungüento-pildora un día
Y su hermana Miss Betzy, etc.

El grabado representaba una porción de elegantes vistiéndose y acicalándose para no faltar al convite, unos abrochándose, y corsé, y otros colocando en sus cabezas y cuello cuanto podía realzar sus gracias, sufriendo las mayores torturas para no separarse en nada de las exigencias de la moda. Uno de aquellos elegantes se desesperaba en los últimos momentos de tocador al ver que se le había soltado un punto de una de sus medias, y exclamaba:

¡Un punto en mi media!...
Jesus qué desgracia;
La rabia me asedia,
No podré mi gracia
Lucir en el baile, etc., etc.

(Se continuará.)

Busto y medallas de la Emperatriz.

Como es natural, en este pueblo eminentemente artista, luego que se anunció el matrimonio del Emperador, vimos como por encanto aparecer medallas y retratos de la Emperatriz en los cuales cuando no haya una completa semejanza, tenemos que admirar la prontitud con que se han hecho y siempre su gran mérito artístico. En esta parte es verdaderamente maravilloso lo que sucede en Francia: el acontecimiento mas inesperado que la imaginación concibe se ve de un día para otro representado por el cincel del escultor, la piedra litográfica ó el buril del grabador, y véase aparecer volúmenes impresos en ménos tiempo del que uno puede emplear en su lectura.

Distintas, de varios tamaños y en diversidad de metales son las medallas que han aparecido hasta ahora, como son tambien muchos y distintos los retratos que la litografía ha dado de la nueva Emperatriz, y aunque no en todos puede hallarse el mejor acierto en el parecido, todos y principalmente las medallas están trabajados con tal delicadeza y gusto, que desde luego revelan el talento de los artistas. Casi todas las medallas hechas á propósito del matrimonio del Emperador convienen con la que ofrecimos á nuestros lectores en llevar al anverso un relieve representando al Emperador y la Emperatriz, y en el reverso la inscripción: *Napoleon III, Emperador. Eugenia, Emperatriz. Enlazados el 30 de setiembre de 1853 en Nuestra Señora.*

Pero lo mas notable que el arte ha producido hasta ahora con motivo del matrimonio imperial, es el busto de la Emperatriz, ejecutado por M. Nieuwerkerke, cuya copia presentamos á nuestros suscriptores. Este busto ejecutado en yeso, que no tardará en aparecer en mármol, llama la atención en diversos puntos de París, y es recomendable no solo por su gran semejanza con el original, sino tambien por la maestría con que está tocado. Verdad es que por fortuna, el objeto que hoy inspira la musa de los artistas es de los que hablan al corazón y á la inteligencia. El tipo de la Emperatriz es de los mas bellos que nos ofrece la especie humana, y la Emperatriz es además una especialidad dentro de su tipo. Así, lo repetimos, no es de extrañar la inspiración al copiar una de esas preciosas cabezas que como las de las antiguas griegas, hablan por lo que tienen de artísticas á la inteligencia y por lo que tienen de ideales al entusiasmo; y téngase presente que nadie

podiera expresarse en ocasiones como esta con el desinterés que guía nuestra pluma. Estamos seguros de que nunca, tal vez, llegarán estos renglones á manos de la señora de quien vamos hablando; aunque llegasen no sabria nunca tal vez quien los ha escrito; aunque supiese quien los ha escrito, no los consideraria dignos de recompensa, y aunque quisiera recompensarnos, nuestro carácter independiente se resistiria á aceptar nada, por no confundirnos siquiera con los aduladores de profesion.

Al escribir estas líneas somos artistas tambien; pintamos la verdad tal como la naturaleza la presenta á nuestros ojos, y afortunadamente el cuadro que estamos bosquejando nos suministra todo lo que puede desear el artista para elevarse á las regiones de la inspiracion; porque debemos decir ahora, que segun buenos informes y, lo que es mas, segun el irrecusable testimonio de los hechos, la fisonomia moral de la Emperatriz está al nivel de sus gracias personales.

Esta verdad que multitud de personas corroboran citando muchos rasgos de magnanimidad que desde sus primeros años hicieron conocer su bella indole, ha recibido últimamente nuevas y concluyentes pruebas. Sabido es que la comision municipal de Paris, convocada por el prefecto del Sena con motivo del matrimonio imperial, votó la suma de 600,000 francos para la compra de un collar de diamantes que debia ser regalado á la Emperatriz en nombre de la ciudad de Paris. La señora á quien el Concejo municipal preparaba tan elegante obsequio se apresuró á escribir la siguiente carta que insertamos con gusto ya que de sus cualidades morales nos ocupamos, y tambien porque como documento histórico debe figurar en nuestra publicacion que es la enciclopedia histórica de nuestros dias.

Señor Prefecto,

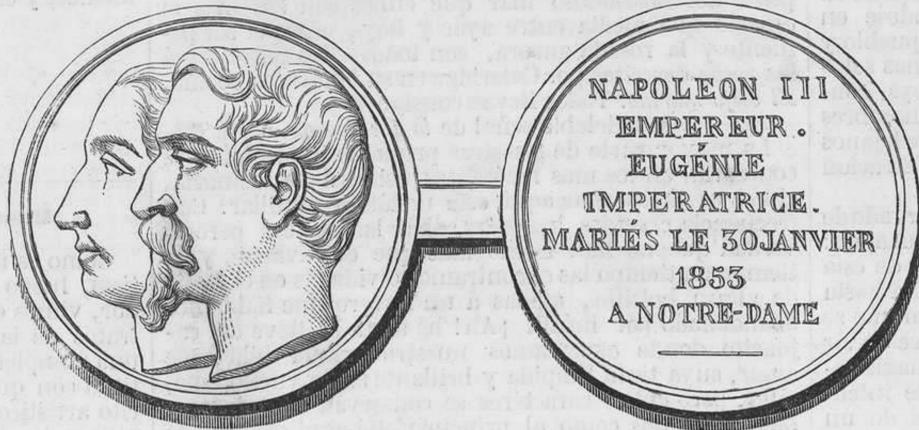
« Mucho agradezco la generosa decision del Concejo municipal de Paris, queriendo manifestar su simpática adhesion á la union que contrae el Emperador: pero, sin embargo, me ha causado un sentimiento profundo el pensar que el primer acto en que figura mi nombre en el momento de mi matrimonio, es un gasto considerable para la ciudad de Paris. Permitidme pues que no acepte vuestro don, por lisonjero que pudiera serme, asegurandoos que estaré mucho mas satisfecha si empleais en actos de beneficencia la suma que habiais fijado para la compra del aderezo que el Concejo municipal quiso ofrecirme. Deseo que mi matrimonio no traiga ninguna nueva carga para el país á que de hoy en adelante pertenezco; y la única cosa que ambiciono es el participar con el Emperador del amor y estimacion del pueblo francés.

Os suplico, Señor Prefecto, hagais presente al Concejo, mi gratitud y recibid la seguridad de mi afectuosa consideracion.

EUGENIA, condesa DE TEBA. »



Busto de la Emperatriz.



Medalla hecha con motivo del matrimonio del Emperador.

En efecto, de acuerdo con los sentimientos manifestados por la Emperatriz en la carta que acabamos de insertar, se ha decidido fundar bajo el patrocinio de dicha señora un establecimiento de beneficencia donde las niñas pobres puedan recibir una educacion conveniente.

Este acto plausible ha sido seguido de otro no ménos importante. Parece que el regalo de boda del Emperador separándose en cierto modo de las rancias costumbres, consistia en una cartera dentro de la cual habia la cantidad de doscientos cincuenta mil francos. La Emperatriz quiso tambien que esta suma fuese empleada en obras de caridad, disponiendo que se repartiesen cien mil francos entre las sociedades maternales que tienen por objeto socorrer á las mujeres pobres que se hallan criando, etc., y empleando ciento cincuenta mil en hacer nuevas camas para los hospitales de incurables, etc. Afin pues de satisfacer los instintos filantrópicos de la señora que tan felizmente inaugura su nuevo estado, un decreto publicado en el número 3 del Monitor pone las sociedades maternales subvencionadas por el Estado bajo la inmediata proteccion de la Emperatriz.

Otras disposiciones no ménos dignas de elogio han sido adoptadas con motivo del reciente matrimonio imperial, entre las cuales contamos las siguientes.

Tres mil indultos concedidos á personas que habian sido objeto de las medidas de seguridad tomadas á consecuencia de los disturbios de diciembre de 1851. En virtud de estas gracias y otras que habian sido anteriormente otorgadas, solo quedan ya segun el diario oficial, sufriendo la deportacion ó el destierro unas mil seiscientas personas.

Han recibido tambien indulto todas las penas disciplinarias, concediéndose por el Emperador doble racion de vino á las tropas.

Se ha concedido así mismo una licencia por extraordinario á los educandos de los liceos y colegios en consecuencia de la cual, los jóvenes estudiantes salieron de sus respectivos establecimientos el domingo 30 de enero.

Se ha mandado por el Emperador que todas las fiestas celebradas con motivo de su matrimonio sean de su cuenta y pagadas por lo tanto de la asignacion de la casa imperial.

El Concejo municipal habia además votado la suma de 300,000 francos para distribuirlos en obras de beneficencia tales como la dotacion de 28 matrimonios pobres en los departamentos de Paris, la devolucion gratuita á los pobres de los efectos que tuviesen empeñados en el monte pío, la remision á las madres indigentes de los atrasos que por el alimento de sus hijos debian á la administracion de la comision municipal, y en fin la distribucion de socorros á las familias necesitadas.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda : uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Francisco de California.	16	»
Para Puerto Rico.	13	30 macuquinos	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico.	20	
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22	
Para el Paraguay.	16	»	Para el interior de la República Mejicana.	29	

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de trasporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA Y C.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y C.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Lima.	— José MACIAS.	Santa Maria.	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Jean MESNIER.
Bogota.	— CLARMONT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Buenos Ayres.	— LUCIEN Y Ca.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Id.	— J. C. CORBIN.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Caracas.	— Emile PHILIP.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y C.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Cartajena.	— J. Maria CANADAS.	Panama.	— SMITH Y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Calí.	— THIRION.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar.	— A. PESQUERA.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Cumana.				Vera Cruz.	— Juan CARRERANO.